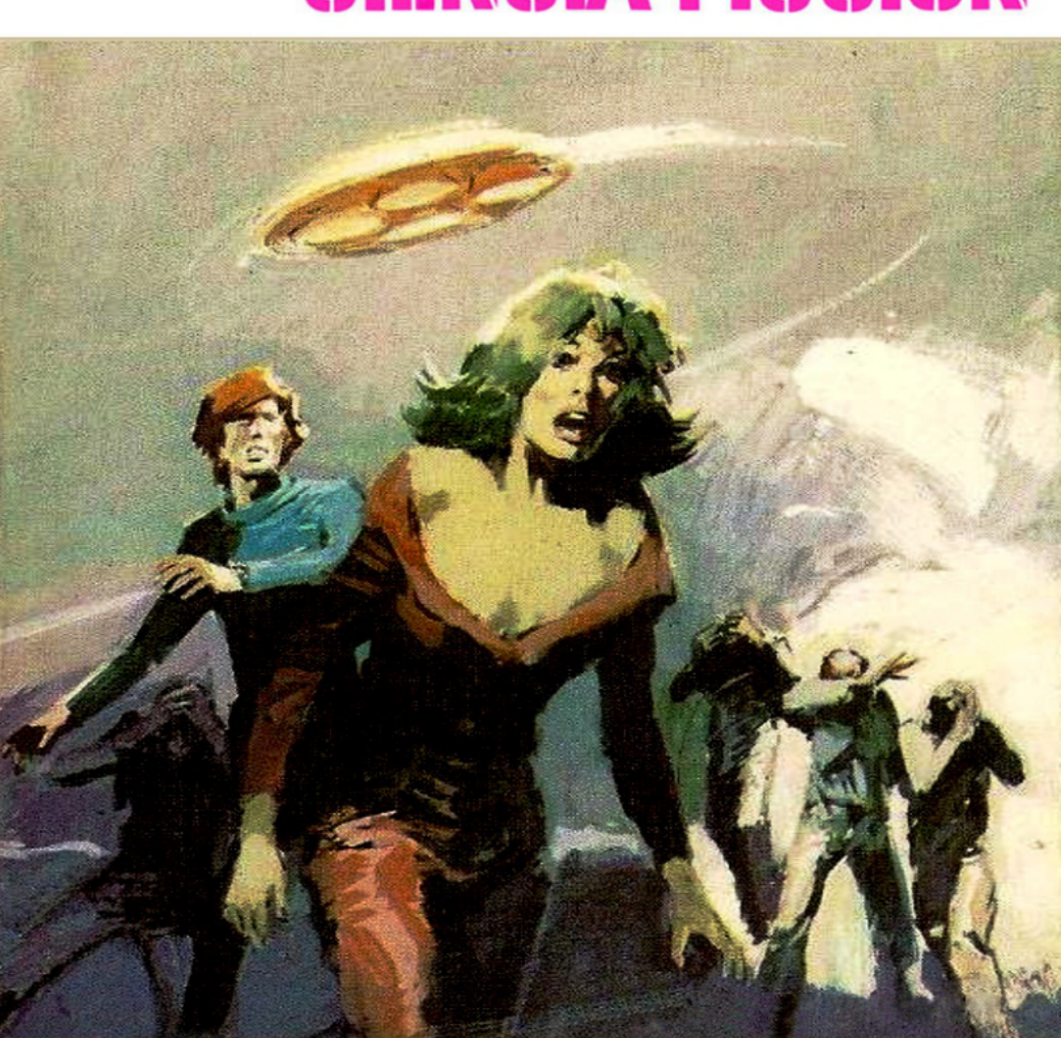
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

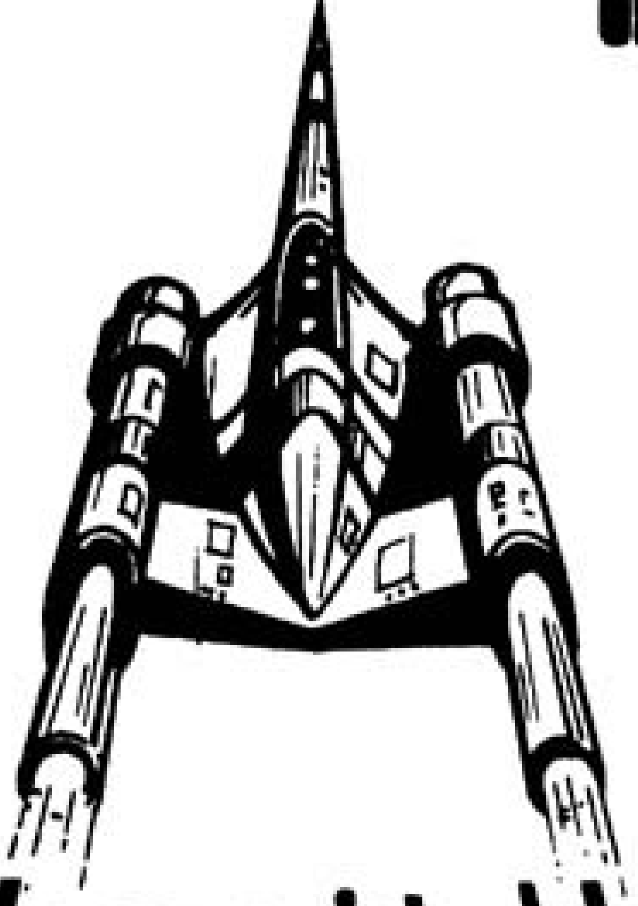
¡CADAVERES!

Curtis Garland

CIENCIA FICCION





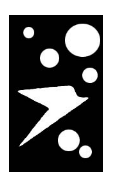


La conquista del ESPACIO

CURTIS GARLAND

CADÁVERES

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 451
Publicación semanal.
Aparece los VIERNES.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-8

Impreso en España - Printed in Spain

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1979

1

La primera persona en intuir la verdad fue una mujer.

Las mujeres han tenido siempre una rara sensibilidad para captar aquello que los hombres, habitualmente, tardan mucho más en advertir. Ese caso no fue una excepción. Pero debe admitirse que la mujer que dio el primer paso en el camino de una serie de hechos alucinantes, no todo se lo debió a su imaginación o su sensible naturaleza.

Tuvo que ver algo, para que sus ojos se abrieran repentinamente a una posibilidad escalofriante e increíble.

Y lo que vio, en principio, no tenía el menor sentido. Es más, estuvo segura desde el primer momento, en que estaba equivocada, en que su imaginación le había jugado una mala pasada.

Después de todo, la última vez que había visto a Slim Quarrell fue cinco años atrás. Cinco años era mucho tiempo, incluso para recordar fielmente a un hombre por el que había llegado a sentir algo que quizá no era amor, pero que sí era pasión y atracción física.

Aparte de eso, la última vez que viera a Slim Quarrell, él estaba muerto. Y le iban a sepultar en el pequeño cementerio situado tras la penitenciaría del estado en la más absoluta intimidad, casi subrepticiamente, al oscurecer. Slim Quarrell se había suicidado en la prisión, justamente veinticuatro horas antes de ir a la cámara de ejecuciones. No había querido soportar esa última humillación de verse morir rodeado de periodistas, guardianes y personal judicial. Prefirió la muerte en su celda. Y la consiguió.

Fue un suicidio simple, sin demasiadas complicaciones. Los forenses, para evitar más escándalo del que ya de por sí significaba la muerte voluntaria del reo, anticipándose a la ejecución y burlándose así, en una última pirueta, a la justicia que le sentenciaba por asesinato, no le hicieron ni la autopsia.

Porque Slim Quarrell era un asesino. Eso no alteraba lo que ella sintiera por él entonces. Su atracción física se mantuvo intacta cuando supo que el hombre deseado era un vulgar criminal, y de muy escasos escrúpulos, por cierto. Pero ya no llegó a verlo sino un día en una visita a la penitenciaría, recién emitida la sentencia capital. Luego, ya no le vio sino muerto.

—Se mató sin que nadie pudiera evitarlo —le explicó el alcaide de la prisión, cuando ella, ante la ausencia de familiares de Quarrell, solicitó la entrega de su cuerpo y un funeral discreto pero no fríamente oficial, en una fosa común. Se le permitió enterrarlo callada y discretamente ¿n el cementerio inmediato a la penitenciaría, pero con los gastos y ceremonias a su cargo, como si ella fuese su único

pariente.

—¿Cómo fue? —se interesó ella.—Estuvo en asistencia médica hace dos días, a causa de una crisis nerviosa. No se dio cuenta nadie de cómo lo hacía, pero lo cierto es que robó una dosis de veneno. Quarrell era muy astuto. Engañó a médico y enfermeros, y se apoderó de un pequeño frasco de cianuro que luego se echó en falta. Pero cuando intuimos que pudo ser él quien lo hurtó, ya era tarde. Lo hallamos en su celda, sin vida. Su aliento despedía un fuerte olor a almendras amargas, típico de ese veneno. El corazón se había detenido hacía más de dos horas, y el rigor monis estaba ya en marcha. No se podía hacer absolutamente nada, salvo certificar su muerte.

—¿Le han hecho la autopsia? —quiso saber ella.

—No. fue preciso -—negó el alcaide—. Tenía los labios espumeantes el olor al veneno era claro, y su muerte databa de dos horas antes, por colapso producido por la acción del poderoso tóxico. La dosis que ingirió podría matar a una docena de hombres como él en menos de media hora. Era inútil dar más pábulo a los periodistas del sensacionalismo y a los que critican los métodos y procedimientos de la justicia, señorita. De modo que bastará llegar a cabo el funeral de un modo prudente y callado, y tratar de que se olvide todo eso. ¿Está de acuerdo?

—Lo único que deseo es enterrar a Quarrell de un modo digno, y saber dónde venir a visitarle cuando quiera dejar unas flores en su tumba.

—Entonces, todo está conforme, señorita, suspiró el alcaide de la prisión—. Venga, tiene que firmarme unos documentos. A cambio de ello, podrá disponer los detalles del funeral para esta noche.

—¿Esta noche? ¿Por qué precisamente esta noche?

—Es preferible. No debe asistir la prensa. Ni nadie, salvo usted y alguno de nosotros en representación de la Justicia. Es lo prudente.

—Está bien. Como ustedes quieran —aceptó ella—. Terminaremos cuanto antes.

—¿Sabe una cosa, señorita? —dijo en ese punto el alcaide.

—¿Cuál?

—Creo que es usted una mujer que él no se hubiera merecido jamás.

—Dejemos eso. Ya no tiene sentido hablar de ello, puesto que todo terminó para él... y para mí. Vamos a firmar esos documentos, se lo ruego.

—Sí, venga, por favor...

Y así terminó todo por entonces. Aquella noche, entre las ocho y las nueve, se sepultó a Slim Quarrell en el cementerio a espaldas de las altas vallas grises de la penitenciaría del estado.

Eso fue cinco años atrás.

Ella misma había visto por última vez a Slim cuando se abrió la tapa del féretro, en presencia de sólo un quinteto de silenciosos testigos del penal, bajo los paraguas que les protegían de una intensa lluvia.

Era una mala noche. Y un mal recuerdo para ella.

Y, de repente, cinco años más tarde, ella volvía a verle.

Acababa de ver a Slim Quarrell. Y no era posible el error.

Primero pensó en un error, en una simple semejanza. Una semejanza fantástica, sin duda alguna, puesto que el parecido era extraordinario. Luego, creyó comprender que ni siquiera era eso.

Por imposible que pareciese… era *él mismo*.

Un hombre muerto y enterrado cinco años antes. Un hombre que *no podía* estar vivo.

Pero ella acababa de verle. Y era él. Estaba segura. Absolutamente segura.

La conmoción inicial fue tremenda. Se quedó como petrificada, incapaz de reaccionar de algún modo. Cuando quiso hacerlo, cuando intentó salir de su aturdimiento, ya era tarde. El se había ausentado.

Corrió hasta la calle por donde le viera desaparecer. Le buscó en vano. No dio con el menor rastro de él. Y es cuando empezó a pensar que todo había sido un juego absurdo de su imaginación, un simple espejismo, quizá tan sólo una extraordinaria semejanza, y nada más.

Sin embargo, después, reflexionando serenamente sobre el insólito hecho, estuvo cada vez más segura de que no había existido nada imaginado ni deformado en su visión de aquella persona.

Ese hombre… era realmente Slim Quarrell. O su hermano gemelo. Y que ella supiera, Slim jamás tuvo hermano alguno.

Trató de recordar la reacción de él al verla. Porque era indudable que él la había visto. Sus miradas se habían encontrado un momento, un fugaz instante. Ese recuerdo hizo vacilar de nuevo sus convicciones.

El hombre no había sufrido la más leve emoción. La había mirado como se mira a una desconocida y nada más. Con toda naturalidad, con sus singulares ojos, de un verde-gris, profundos y penetrantes, resbalando indiferentes sobre ella, si acaso con el leve interés que siempre puede despertar en cualquiera la contemplación de una mujer bella y de atractiva figura. Sólo eso.

Y Slim Quarrell jamás hubiese reaccionado así en vida. Todos supieron lo mucho que se sintió atraído por ella. Ni siquiera era fácil olvidar su última y patética mirada, allá en la prisión, cuando ella le visitó para despedirse definitivamente de él, una vez rechazada la última apelación de gracia. Quarrell había dicho en ese momento, roncamente:

—Querida, quiero llevarme esta imagen tuya a la eternidad.

Cuando menos, habrá algo hermoso y dulce que me acompañe en este trance terrible. Habrá valido la pena vivir, sólo porque llegué a conocerte. Fuiste lo mejor, quizá lo único realmente digno y bello en toda mi existencia. Y te aseguro que Slim Quarrell jamás habló así a mujer alguna. Te quiero, Sybil. Te quiero. Y eso es algo que nunca me ocurrió antes con persona alguna...

Esas habían sido, más o menos, sus palabras. Su despedida, tras las rejas del locutorio celosamente guardado. Luego, la espera terrible. Y finalmente, la última burla de Quarrell a las leyes que había quebrantado ya anteriormente.

—No puede ser... —musitó Sybil—. Los muertos no resucitan. Debo de haberme vuelto loca. El ni siquiera dio muestras de reconocerme. Además... yo misma estuve en el funeral, vi su cadáver en el féretro. Estaba muerto. Muerto y bien muerto, sin lugar a dudas. Y allí debe continuar su cuerpo, a mucha profundidad en la tierra, bajo la lápida que hice grabar en su memoria... ¡Qué locura pensar que un hombre, por parecido que sea a él, puede ser él!

Y ahí terminó para Sybil toda la tortura mental que la visión fugaz de alguien tan parecido a un hombre muerto y sepultado, le había provocado inesperadamente en una ciudad tan alejada de la suya de origen, en Estados Unidos, como era la de Ginebra, en Suiza.

Ni siquiera se atrevería a mencionar el hecho a sus actuales jefes, con los que viajara a la Convención Internacional de la Ciencia, en la bella ciudad helvética.

Después de todo, pensó, era una tontería molestar a aquellos notables científicos norteamericanos a cuyo servicio trabajaba actualmente como secretaria personal, con hechos totalmente íntimos y que, además, carecían por completo de base y hubiesen arrancado una sonrisa compasiva de ellos sin ningún resultado práctico para ella y su supuesto problema.

Sybil Drake creyó que ahí terminaba toda la pequeña historia de su error, de su alucinación o de su encuentro con un hombre demasiado parecido a otro que no podía estar allí ni en ninguna otra parte.

Ella no podía saberlo, pero aquél era solamente el principio de una alucinante historia que ella, sin pensarlo y por puro azar, había comenzado a vivir, muy lejos del mundo que formaban sus ingratos recuerdos de cinco años atrás.

Sybil se había enfrentado a algo que venía más allá de la misma Muerte. Con las puertas de un enigma que iba a marcar su vida y la de muchos otros seres, en un futuro inmediato.

Pero eso, ella no podía saberlo en aquellos momentos.

Nadie hubiera podido saberlo. Ni en Ginebra, ni en parte alguna del mundo. Y quienes lo sabían, tampoco podían imaginar lo que iba a

desencadenar ese hecho en breve espacio de tiempo.

* * *

El novísimo Palacio de las Naciones de Ginebra, con su estructura de vidrio plastificado, metal liviano y líneas esbeltas y funcionales, se alzaba en las proximidades del Antiguo, no lejos del Jardín Botánico.

La estructura soberbia y orgullosa del último proyectil *Galaxia* perteneciente al Proyecto norteamericano denominado *Conquest* se alzaba como homenaje a la Ciencia y a la Técnica, recién exportado desde Estados Unidos a Europa, tras la hazaña espacial que supuso la llegada de la nave cósmica hasta un punto tan remoto en el espacio como era el planeta Plutón, el último y más lejano del Sistema Solar.

Plutón había sido conquistado, al menos por las cámaras fotográficas y por el laboratorio-robot del proyectil *Galaxia- 22*, expuesto ahora en Ginebra a ojos de todos los curiosos que desearan contemplar la maravilla de la astronáutica moderna, capaz de haber filmado y recogido muestras rocosas de la superficie de Plutón, el más enigmático y remoto mundo de nuestro sistema.

Pero el formidable proyectil metálico *Galaxia-22*, ahora erguido allí verticalmente, ya no era más que eso: un recuerdo de una gesta espacial, expuesto en los jardines del nuevo Palacio de las Naciones, para curiosidad popular y lanzamiento a nivel de masas de la Convención Internacional de la Ciencia del año 1995. Sybil Drake, por ejemplo, no le prestó gran atención cuando pasó junto al largo y afilado cuerpo de metal plateado que, con la bandera USA y el nombre inscrito en su fuselaje, era como un obelisco de la técnica del hombre, en medio de los rectángulos de césped, las fuentes y los estanques que rodeaban el recinto de asambleas internacionales.

Entró en el edificio, y un turbo-ascensor la condujo a la planta decimosexta, donde se hallaba el Comité Organizador de la Convención, para cuyos miembros americanos trabajaba ella en calidad de secretaria. Los profesores Warren, Talbot y Maddox, eran sus directos jefes y los responsables de su viaje a Ginebra con el grupo norteamericano que iba a exponer las teorías más nuevas y audaces sobre determinadas ramas de la Ciencia moderna, como eran la Biología, la Cibernética y la evolución de la vida, así como la etología, o estudio de la conducta animal.

Otros científicos de la URSS, Francia, Alemania, China o Japón, expondrían durante las treinta jornadas de duración de aquel mes dedicado al intercambio de información, conocimientos y teorías científicas de todo tipo, sus experiencias mutuas, en un simposium tan

brillante como útil para todas las ramas de la ciencia universal.

Se cruzó con muchas otras secretarias, traductoras, estenógrafas y auxiliares, que formaban un gran hormigueo humano dentro del esbelto recinto de vidrio y metal. Pero no prestó demasiada atención a nadie, salvo en forma de breve saludo a todas las mujeres a quienes conocía por circunstancias profesionales. Los distintivos y emblemas plastificados, sobre los uniformes de todos los presentes, señalaban su especialidad y su nacionalidad, tal como estaba previsto en la reglamentación interna de la Convención.

También numerosos periodistas, fotógrafos y expertos deambulaban por los salones y corredores iluminados por el brillante sol de aquel mediodía helvético. Al fondo, en la distancia, la vista del lago de Ginebra, con su surtidor disparando un chorro de agua a las alturas, formaba un todo armónico con los típicos edificios suizos de la parte antigua de la ciudad, o sus numerosas zonas verdes salpicando de color la zona urbana.

Sybil llegó a una puerta donde se leía, sobre una bandera de Estados Unidos grabada en esmalte:

DELEGACION CIENTIFICO-TECNICA DE
ESTADOS UNIDOS DE AMERICA
(CONVENCION INTERNACIONAL DE LA
CIENCIA; GINEBRA 1955)

Empujó la puerta resueltamente, hallándose en una nueva serie de oficinas y departamentos destinados al personal de la Delegación norteamericana en la ciudad suiza. Numerosas mecanógrafas, técnicos y personal de servicio, trabajaban en las mesas habilitadas al efecto.

Al fondo, tres puertas señalaban respectivamente los nombres de sus correspondientes despachos y ocupantes.

BIOLOGIA. - Profesor Neil Warren
CIBERNETICA.- Profesor Elmer Talbot
ETOLOGIA Y EVOLUCION. - Profesor Alex Maddox

La joven secretaria fue a esta última puerta, golpeó suavemente con los nudillos y una voz jovial la invitó desde el otro lado:

—¡Sí, adelante!

Empujó la puerta. El profesor Maddox aparecía sentado a su mesa, rodeado de colaboradores directos que trataban de contener a los periodistas que habían puesto cerco a la mesa del etólogo. Este sonreía, mirando con ojos vivaces, desde detrás de sus gafas de montura metálica, a los hombres y mujeres allí reunidos.

—Calma, señores, calma... —rogó, alzando las manos—. Habrá respuestas para todos. Y lo que no tengamos tiempo de comentar aquí,

quedará ampliamente explicado en la rueda de prensa que seguirá a mi conferencia de la semana próxima, en el auditorio de este palacio internacional

—Profesor, ¿es cierto que sus teorías sobre la evolución del hombre están relacionadas directamente con la conducta de determinados animales? —quiso saber un joven reportero, aproximando su magnetófono portátil al profesor.

—Mi querido amigo, en realidad todo lo del hombre tiene que estar necesariamente relacionado con los demás animales y su conducta, puesto que nosotros mismos somos animales, aunque regionales, y obremos en determinadas circunstancias como si fuésemos algo muy distinto a un ser civilizado e inteligente.

Hubo risas al comentar eso el profesor Maddox. Los ojos vivaces de éste descubrieron a Sybil y, excusándose con los demás periodistas, se incorporó, tomando por un brazo a la muchacha y dirigiéndose a una puerta lateral, por la que desaparecieron ambos, virtualmente perseguidos por los miembros de la prensa.

—Mi querida señorita Drake, ya era hora de que apareciese —suspiró el etólogo—. Nos tenía preocupados a todos. ¿Se perdió, acaso, recorriendo la pequeña ciudad que resulta casi un pequeño barrio, al lado de su ciudad natal, Nueva York?

—No, no, nada de eso —se excusó débilmente Sybil—. Me entretuve demasiado, eso es todo, profesor.

—Pues gracias a Dios que ha aparecido —resopló el etólogo—. El profesor Warren está furioso.

—¿Furioso? ¿Conmigo? —se alarmó Sybil.

—No precisamente con usted ni por su culpa —sonrió Maddox—. Pero está furioso, y la necesita. Al menos me ha preguntado diez veces por usted en las últimas dos horas.

—Lo siento. No debí demorar tanto mi regreso... —Sybil trató de olvidar que ese retraso se debía a la impresión ante el encuentro con un hombre tan parecido físicamente a Slim Quarrell, y su necesidad de pasear, de reflexionar... y de olvidar luego tan desagradable sensación —. Lo veré ahora. ¿Es que sucede algo malo?

—Sucede, si —asintió gravemente el profesor—. Ya se lo contará Warren. Le afecta directamente a él. Y tiene motivos para estar como está.

Más inquieta aún, Sybil pasó al despacho directo de su jefe, que era a la vez cabeza visible de la Delegación, el notable biólogo Neil Warren, una eminencia científica en su especialidad, a nivel mundial.

Maddox no había exagerado. Conocía lo bastante bien a Neil Warren para darse cuenta de que estaba realmente enfurecido.

—¡Ya era hora, señorita Drake —bramó al verla, poniéndose en pie de un salto—. ¿Qué diablos le ocurrió? ¿Es que pretende desertar

tan pronto?

Pese a su enfado evidente, Warren se mostraba aún con su peculiar sentido del humor, heredado posiblemente de sus padres británicos. Sybil sonrió, negando con la cabeza, pese a pretender mostrarse humilde ante su enfadado jefe.

—Lo lamento de verdad, profesor —murmuró—. Estuve visitando tiendas y...

—Compras... Como todas las mujeres —refunfuñó Warren—. Está bien, está bien. No se excuse más. Creo que la entiendo. No se pueden esperar milagros de la especie humana, sobre todo de la hembra de esa especie. Siéntese, se lo ruego. Ha ocurrido un desastre.

—¿Un desastre? —repitió ella, realmente alarmada.

—Exacto. El peor imaginable.

—No logro entenderle, profesor.

—¿Recuerda mi cargamento secreto?

—¿El vagón sellado, donde trae usted el material científico para su conferencia y su experimento, el día de la clausura de la Convención?

—Sí, el mismo. El remolque sellado que trajimos en avión de transporte desde Nueva York a Ginebra, y que se guardara en un apartadero especial de los ferrocarriles suizos.

—¿Qué sucedió con él? —empezó a inquietarse ella.

—Sencillamente, ha desaparecido.

—Que ha..., ¿*qué*? —balbuceó Sybil, asombrada.

—Oyó bien: desaparecido. Tal como suena...

—Pero..., pero es un remolque del tamaño de un vagón de mercancías, casi. No puede desaparecer de repente, a menos que haya un error de los ferroviarios y lo hayan trasladado a otro apartadero diferente...

—No. En absoluto, señorita Drake. No ha ocurrido eso. Tengo el testimonio de la entidad ferroviaria helvética. Está confirmado. Nadie tocó ese vagón bajo pretexto alguno. El lugar donde se dejó, estaba sellado. El precinto aparece roto. Y el vagón no aparece ni ha dejado el menor rastro del lugar donde pueda hallarse ahora.

—Cielos... —desolada, la joven miró al profesor Warren—. ¿Y... no se puede hacer nada? ¿No es factible obtener un material semejante..., un duplicado de cuanto trajo aquí desde Estados Unidos?

—Imposible —resopló el biólogo—. Es una labor de años enteros... Algo único. Y lo que es peor, amiga mía: su pérdida puede significar un verdadero desastre. No sólo para la Ciencia..., sino para el mundo entero.

—¿Tan fundamental es su contenido? —musitó ella—. ¿De qué se trata en realidad?

—Señorita Drake, eso sabe usted que era algo rigurosamente

secreto —replicó el científico secamente.

—Pero..., pero dadas las circunstancias...

—Con mayor motivo debe seguir siendo un secreto a ultranza —dijo amargamente el biólogo americano—. Y no hablemos más de eso. Ahora, lo que hemos de intentar es recuperar ese remolque con su contenido, cueste lo que cueste...

Y en su voz, ciertamente, latía algo urgente, apremiante, casi angustioso, a juicio de Sybil Drake. Algo que la hizo olvidar todas sus tribulaciones personales, todo lo que aquel encuentro macabro en medio de Ginebra le había producido. Porque cuando un hombre como el profesor Warren se mostraba tan preocupado, es que algo realmente grave sucedía... o estaba a punto de suceder.

2

Las diligencias llevadas a cabo por la policía helvética resultaron en principio absolutamente nulas. Pese a que pareciese un absurdo, lo cierto es que el remolque, capaz de ser transportado por vías o por carretera mediante un doble juego de ruedas, de carrocería totalmente aluminizada, hermética, sellado en sus dos puertas únicas, seguía faltando del apartadero de los Ferrocarriles Suizos donde fuera depositado por los miembros de la Convención. Ni la policía ni las autoridades ferroviarias helvéticas se explicaban en absoluto el hecho, y parecía obvio que los responsables de la zona donde fue depositado el vagón, no tenían culpa alguna del hecho, ya que nadie había visto nada, los sellos del hangar o cochera donde permaneciera cerrado el vehículo estaban rotos de modo misterioso, y nadie, ni tan siquiera los funcionarios situados en los puntos más altos, como los encargados de las cabinas de control de agujas, con su privilegiada posición sobre las vías, eran capaces de aportar luz alguna al hecho.

Selwyn Carpenter, delegado especial de la Academia de Ciencias Modernas de Estados Unidos, era el principal responsable del material científico trasladado por su Delegación a Europa y, como tal, quien cuidó en todo momento del apartamiento y seguridad del vehículo.

Sus palabras, a preguntas de los profesores Warren, Maddox y Talbot, fueron escuetas y firmes, dichas con la seguridad propia de un hombre de su cargo y confianza dentro de la institución a que pertenecía.

—Mi labor, señores, consistía, como bien saben, en conducir a lugar seguro ese vagón, lo mismo que todo el material que mi Delegación ha traído a esta Convención desde Estados Unidos. Una vez entregado el vehículo a los Ferrocarriles Suizos, mi compromiso real había terminado hasta el momento de efectuar el traslado de material al Palacio de las Naciones. Pero aun así, he procurado en

todo momento permanecer fiel a mis obligaciones, y no he dejado de visitar cada día, desde que llegamos a Ginebra, el lugar donde estaba el vagón. Así he podido comprobar que durante cuatro días, nada anormal sucedía allí... hasta que esta mañana mismo descubrí los sellos rotos, la puerta entreabierta... y comprobé en su interior que el vagón faltaba. Es todo lo que puedo decirles al respecto.

No era mucho. Pero la policía tenía que trabajar con lo que tenía. El funcionario especialmente designado para aquel complejo asunto, se preocupó en principio de una faceta del asunto que parecía inquietarle.

—Profesor —preguntó a Earl Warren—, ¿hay algo radiactivo dentro de ese vehículo?

Warren le miró fijamente. No vaciló ni un instante. Negó rotundo.

—Cielos, no -—rechazó-—. ¿Cree que no lo hubiese advertido ya de no ser así?

—¿Ni perjudicial para la salud humana o para la atmósfera? Algo contaminante, quiero decir.

—Nada de nada, se lo aseguro. Es material científico inofensivo. Y totalmente inútil para quien haya podido robarlo.

Esa afirmación chocó a Sybil Drake. No quería creer que su jefe mentía, pero si esto era así, ¿por qué él había dicho poco antes, estando a solas con ella, que aquel cargamento podía ser un desastre para el mundo entero?

Esas palabras no tenían sentido, si estaba diciendo la verdad a la policía suiza. Y si ahora mentía por alguna razón, eso podía resultar muy grave, tanto para su propia responsabilidad como para los demás.

Sybil, sin embargo, no quiso decir nada al respecto. Delante de los funcionarios de la policía helvética, era inoportuno complicar más las cosas, pero se dijo que hablaría seriamente de ello con el profesor Warren, a la primera oportunidad.

La policía y el sabio americano se marcharon juntos. Sybil fue autorizada para volver al hotel y hacer su vida normal. Ella obedeció, abandonando el Palacio de las Naciones con gesto pensativo y grave, cosa no habitual en ella.

—¿Vienes a cenar conmigo? —la invitó una compañera suya, Karin Slade, que trabajaba como ayudante del profesor Talbot, ya que era ingeniero electrónico de primera fila, y su capacidad le era muy útil al genio de la cibernética americana—. Un muchacho suizo realmente encantador, jefe de Relaciones Públicas en el Palacio de las Naciones, va a llevarme a un club nocturno que está de moda y tiene un amigo que...

—No, gracias —se apresuró a rechazar vivamente ella—. Esta noche no me siento con ganas de ir a ninguna parte,

Karin.

—Oh, no me dirás que ese maniático de Warren te ha logrado desmoralizar con sus manías de viejo chiflado... —protestó Karin riendo.

—No es eso. Es que me siento algo fatigada —suspiró Sybil—. He caminado mucho todo el día por la ciudad. Prefiero descansar, te lo aseguro. Iré a dormir apenas termine de cenar.

—Bien, allá tú —se encogió de hombros Karin—. Pero yo, en tu lugar, además de trabajar intentaría divertirme. Después de todo, estamos en Europa, querida.

Y se alejó riendo. Sybil Drake contempló su bonita figura, alta y esbelta, su melena roja, que golpeaba sus hombros al caminar con armoniosa feminidad, y dio vuelta, dirigiéndose a otra salida del edificio internacional, para ir directa al hotel.

Cenó temprano, pensando en ir pronto a la cama, como se había propuesto, pero al terminar la cena, decidió tomar café mientras veía algo de la televisión en el salón del hotel, ya que era demasiado pronto para acostarse, apenas cenada.

Se acomodó en la sala a media luz y asistió a la emisión de un noticiario informativo que, al dar fin, anunció una emisión de la actualidad local, tras la cual se exhibiría un largometraje con bastantes años de antigüedad.

Sybil se dispuso a abandonar el salón en ese momento, puesto que no le apetecía en absoluto ver una emisión televisada que ni siquiera fuese estereoscópica. Apenas se había puesto en pie, cuando el presentador anunció por la pequeña pantalla:

—Señoras y señores, es costumbre en este noticiario del día, últimamente, tener con nosotros al corresponsal de la agencia de noticias Alfa, de Gran Bretaña, colaborando en este espacio con sus informaciones sensacionalistas, divertidas o emocionantes, según los casos. Ese joven reportero de revolucionaria personalidad dentro del periodismo televisivo, que es Ian Campbell, desgraciadamente no puede acompañarnos hoy, pese a que lo hemos intentado hasta última hora, puesto que los médicos se niegan a que nuestra estación de televisión instale un equipo móvil en su habitación, y él pueda transmitirnos personalmente, las impresiones recibidas al hallarse hoy frente a la que ha calificado como «la mayor y más extraña experiencia de su vida.»

Sybil caminaba hacia la salida, indiferente a lo que comentaba el locutor, quien en ese momento prosiguió, dramatizando más su tono:

—Lo cierto es, señoras y señores, que por increíble que parezca, nuestro compañero y colega inglés, Ian Campbell, reposa en estos momentos en una clínica de Ginebra, víctima de las más extrañas 'e inexplicables quemaduras jamás producidas a ser humano alguno. Y que esas lesiones las recibió nuestro amigo... nada menos que después

de verse cara a cara con un hombre surgido de una tumba.

Sybil se paró en seco. El corazón le dio un brusco vuelco. No se atrevió siquiera a girar la cabeza hacia el triángulo tridimensional de la televisión. Aquella frase dicha por el presentador, había sido como un impacto en su mente: «Después de verse cara a cara con un hombre surgido de la tumba...»

Luego, la voz del presentador añadió, en medio de un silencio expectante producido en la salita del hotel ginebrino:

—Vayamos por partes, señores. Naturalmente, ni el propio lan Campbell ni nosotros, ni seguramente ninguno de ustedes, podemos creer que ese ser llegado de la tumba, puede ser realmente un muerto que vuelve del Más Allá. Sin embargo, para asombro de todos, les diremos que lan Campbell jura y perjura que se halló cara a cara, nada menos que con...

Hizo una pausa estudiada. Sybil había vuelto la cabeza. Le latían las sienes y tenía un raro temblor en sus manos. El presentador concluyó rotundo:

—Nada menos que... ¡con el difunto presidente de Estados Unidos, Galbert Vaughn, asesinado en 1986!

El presentador hizo otra pausa no menos calculada, para que el impacto de los espectadores fuese mayor, y luego, con una sonrisa, movió la cabeza para decir con tono más desenvuelto, desprovisto de dramatismo:—Por supuesto que lan Campbell sólo repite la pasmosa semejanza que tal persona tenía con el desaparecido presidente norteamericano, y no ha asegurado en ningún momento que se hallara ante el fantasma del miedo o ante un auténtico resucitado, puesto que entre sus convicciones no entra, que nosotros sepamos, la de la fe en resurrecciones absurdas o en leyendas de muertos en vida. Pero lo cierto es que intentó abordar al personaje, llevado por su afán periodístico, ya que juzgó que ello sería interesante para esta emisión e incluso para su agencia de Inglaterra. Fue entonces cuando, al parecer, y sin que él mismo pueda explicar a nadie las causas, sufrió las quemaduras que le tienen postrado en la clínica, sometido a observación médica, y le incapacitan para venir a nuestros estudios. Como ya les hemos informado de que a nosotros pos es totalmente imposible introducir las cámaras en el establecimiento sanitario, emplazamos aquí a nuestro colaborador habitual, para que, en breve plazo, pueda relatarnos personalmente su curiosa experiencia. Y pasando ahora a otros temas, les diremos a ustedes que en la actualidad deportiva...

Sybil dejó de asistir a la emisión televisada. Abandonó la sala con aire meditativo y preocupado. El nombre y el rostro de Galbert Vaughn iban grabados en su mente en estos momentos. Como ciudadana americana que era, podía recordar muy bien a Galbert

Vaughn, presidente de Estados Unidos, electo en 1984, y asesinado sólo dos años más tarde, en el verano de 1986, durante una visita a California. Un fanático político puso fin a su vida, matándose después él mismo. Era lo que podía evocar con nitidez, aunque entonces ella era una niña de apenas doce años recién cumplidos.

Y ahora, en Ginebra, un periodista aseguraba haber visto el «doble» exacto del difunto presidente norteamericano.

Para la gente, el hecho no podía tener más trascendencia que la de una información anecdótica de la televisión. Quizá ni para el propio Campbell, pese a sus quemaduras.

Pero esta era la segunda vez que ella se enfrentaba a la existencia del «doble» de alguien. Primero, había sido Slim Quarrell, un forajido ejecutado por asesino. El segundo caso, era el de un presidente norteamericano muerto en un atentado. Un presidente que, al decir de muchos, había sido nefasto para su país y para la política mundial, pero que a fin de cuentas, llevaba ya once años muerto.

Sybil tampoco creía en historias de aparecidos. Admitir tales cosas en los finales del siglo XX, en plena era tecnológica, hubiera sido demencial. Pero tenía que existir una explicación, la que fuese, para que una coincidencia así pudiera darse, en unas mismas fechas, y en una misma ciudad: Ginebra.

De repente, todo el cansancio, la fatiga y el sueño habían desaparecido de su persona. Se sentía excitada, sin saber la razón.

Entró en una cabina del hotel y llamó a la emisora de televisión, tras obtener su número de la centralita.

La atendieron amablemente, cuando preguntó por el reportero lan Campbell. Se le repitió lo que dijo la emisión reciente, pero sin especificar detalles. Simplemente que «el señor Campbell había sufrido un accidente y estaba internado en una clínica de la ciudad.» Preguntó por el nombre de la misma y se le dijo que era la Clínica Helvética, situada en las cercanías del Palacio del Plaine. Pero que no se trasladase allí, porque no se le admitiría en la misma para visitar al paciente.

Sybil dio las gracias y colgó. Estaba reflexionando sobre todo aquello y había tomado una repentina decisión al respecto.

Iba a intentar ver, fuese como fuese, al reportero de la agencia informativa británica. Quería exponerle lo que a ella misma le había sucedido horas antes en Ginebra. Si alguien podía conocer la noticia, ese alguien era lan Campbell.

* * *

Era un edificio de dimensiones reducidas, rodeado j de un jardín

y una verja. Un establecimiento médico privado, donde los pacientes podían recibir visitas hasta las nueve y media de la noche, según rezaba a la entrada del mismo. Sybil había llegado a la Clínica Helvética a las nueve menos diez minutos.

En recepción la atendió una enfermera de mediana edad y rostro amable. Al mencionar al paciente, meneó la cabeza en sentido negativo. Bajo su almidonada cofia blanca, el rostro rollizo reveló cierto hermetismo.

—Lo siento, señorita —dijo—. No recibe visitas. El señor Campbell no puede ser visitado. Es muy popular y llevo todo el día diciendo lo mismo a mucha gente.

—Pero mi caso es diferente —replicó serenamente Sybil, con todo cinismo—. Yo soy su hermana. Acabo de llegar en vuelo directo desde Londres, al saber lo ocurrido. Y debo regresar allí por la mañana, a causa de urgentes motivos de trabajo. Sería injusto que hubiese hecho este viaje en vano.

—Sí, eso es diferente —tuvo que admitir, arrugando el ceño—. No se nos dijo nada de la llegada de una hermana desde Inglaterra, señorita.

—Lo supongo. Ha sido todo tan imprevisto.

—El tampoco mencionó la posibilidad de que viniera familiar alguno...

—No podía pensar que yo tendría intención de venir tan pronto —suspiró Sybil—. En cuanto me avisaron de los estudios de televisión, emprendí el viaje...

—Un momento —rogó la enfermera—. Consultaré con el doctor Durand, dadas las circunstancias. Es el responsable del señor Campbell, su hermano.

—Sí, por favor —la miró con el patetismo de una verdadera hermana—. ¿Cómo sigue lan?

—No tema —sonrió la enfermera, alzando el teléfono—. Su hermano está bien. Las quemaduras no son graves. Pero debemos tenerlo aislado o acabarán por volverle loco sus amistades y su público, créame.

Habló en francés por teléfono. Momentos después, alzaba su cabeza, con una sonrisa amplia al colgar.

—Está bien, señorita Campbell —dijo—. El doctor Durand le concede sólo diez minutos para hablar con el paciente. Suba a la tercera planta. Allí la enfermera Legrange se cuidará de atenderla.

—Gracias —suspiró Sybil—. Ha sido muy amable.

Subió a la tercera planta, donde una joven enfermera rubia la recibió, afable, conduciéndola al fondo de un corredor blanco y aséptico, totalmente en silencio a estas horas de la noche.

—Puede pasar, señorita Campbell. Sólo diez minutos, recuerde.

Vendré a avisarla. No le fatigue mucho. El ya ha sido avisado de su llegada.

Sybil sintió un golpetazo en su corazón. Había ido demasiado lejos en su osadía. Ahora, el periodista inglés esperaría realmente a una hermana que no se hallaba en Ginebra siquiera, y que ella había suplantado. Se sintió ridícula y terriblemente estúpida por su farsa. Ya era demasiado tarde para volverse atrás.

Cruzó el umbral de la estancia en penumbras. La leve luz suave, tamizada, de una lámpara de pantalla azul oscura, sobre una mesilla, revelaba la presencia de una cama y de un hombre tendido en ella. Al fondo., una ventana revelaba las luces de Ginebra y su cabrilleo en las aguas del lago.

—Adelante —sonó la voz del hombre grave y bien timbrada en correcto inglés—. Pasa querida, estaba esperándote... No sabes lo que me alegra tu presencia...

La enfermera discretamente cerró la puerta. Sybil avanzó hacia el lecho del enfermo sintiéndose llena de vergüenza y de pudor. Aquello era indigno. De un momento a otro el hombre joven y fuerte que le tendía sus brazos afectuosamente desde el lecho pondría el grito en el cielo al advertir el engaño de que había sido objeto por parte de una perfecta desconocida.

Pese a ello, dio unos pasos más. Se detuvo justo en el borde del círculo de luz que dibujaba la lámpara sobre la cama y parte del suelo de la estancia. La claridad daba lo suficiente en su rostro como para que él la viese con nitidez. Pese a ello, el hombre tendido en la cama de la clínica seguía mirándola sonriente, con sus brazos alargados sin revelar decepción ni ira en su rostro.

—Yo... yo he mentido —susurró Sybil enrojeciendo—. No soy su hermana señor Campbell.

—Claro que no —rió él nuevamente—. Eso ya lo sabía.

—¿Qué... qué ha dicho?

—Que no era mi hermana. Lo supe desde el principio —bajó los brazos con otra risita-—. Nunca tuve hermanas, ¿comprende?

—Oh cielos qué vergüenza... —susurró Sybil inclinando la cabeza.

—Me alegra tener una visita cuanto menos. Y más si es una mujer quien viene a verme —dijo él jovialmente meneando la cabeza—. Vamos, vamos no se ponga así. ¿Qué es lo que quería realmente? ¿Ver en persona al famoso reportero de la televisión? ¿Consolarme de mi accidente estúpido de hoy?

—No, no es eso. Nunca le vi en televisión señor Campbell. Hoy es el primer día que he oído hablar de usted.

—¿Entonces...? —ahora, el rostro de aquel hombre joven de cabellos oscuros y rebeldes, tez bronceada y vivaces ojos grises reveló cierta desorientación.

—Lo siento pero todo esto ha sido una estupidez por mi parte. No debí atreverme a tanto. Después de todo no había motivo serio para ello. Es todo tan... tan ridículo tan incongruente...

—¿Quiere sentarse, por favor, y hablaremos de ello cómodamente durante esos pocos minutos que nos han concedido señorita...? —-rogó él señalando una silla inmediata a su cama.

—Drake. Sybil Drake. Soy americana. De Nueva York.

—No lo parece. Habla muy bien el inglés —dijo Campbell con suave ironía.

—Mi padre era galés —replicó ella con no menos ironía—. Por eso no lo hablo mejor.

—*Touché*, que dicen por aquí —rió él, jovialmente—. Me cae usted bien, señorita Drake. Pero sigo sin saber a lo que vino y ya hemos gastado dos minutos casi de esos diez preciosos que nos concede el doctor Durand. Y le aseguro que la señorita Legrange es tan atractiva como rígida. Vendrá puntual a echarla de la habitación, no lo dude. Mis artes seductoras no han tenido con ella el menor éxito.

Sybil sonrió. Aquel hombre infundía buen humor y optimismo. Pero ella no podía olvidar que era un perfecto desconocido y que si estaba allí no era por verle ni por pasar un rato con él, sino para cambiar impresiones sobre algo inquietante.

Observó de pronto sus señales en sus brazos, manos y rostro. Había manchas rojizas y ampollas en sus dedos, en su mejilla y frente y en parte de su brazo y hombro. También observó apósitos sobre su pecho, a la altura de la tetilla derecha.

—¿Cómo van sus quemaduras? —indagó. —Bien —se encogió él de hombros—. No son muy dolorosas ni profundas. Pero molestan. Y los remedios curativos no han hecho gran efecto por ahora...

—¿Se las produjo personalmente... aquella persona? —susurró la joven.

—Sí —él la miró, ceñudo ahora—. ¿Ha visto la televisión?

—En efecto. Por eso estoy aquí. —No me dirá ahora que también es usted periodista...

—No, claro que no. Pero me interesa lo que le sucedió.

—¿Por qué?

—Porque tal vez a usted también le interese lo que me ha sucedido a mí...

—La escucho —contempló el rostro de ella con vivo interés—. ¿Tiene alguna relación con estas quemaduras? —Podría tenerla... con el presunto presidente Vaughn que usted vio ayer.

—¿Se refiere a ese «doble» perfecto cuyo contacto me quemó? —Campbell meneó la cabeza, perplejo—. No he dicho que fuese el presidente Vaughn, señorita Drake, sino alguien sumamente parecido a él.

—Lo sé. También yo he visto hoy, aquí en Ginebra, a alguien *muy parecido* a un hombre que murió hace cinco años, cuando yo empezaba a ser mujer. Ese hombre resultó ser un criminal. Iba a ser ajusticiado.

Pero se mató, burlándose así en cierto modo de la Justicia. Hoy he visto su «doble» exacto.

-—¿De veras? —el interés de él parecía ir en aumento. Se irguió en su lecho—. ¿Cómo reaccionó él al acercarse usted?

—De ninguna forma. Me vio, como yo lo vi a él. No dio señales de reconocerme. Se marchó y le perdí de vista. No llegué a cruzar con él una sola palabra.

—Aun así, está segura de que el parecido era notable.

—Era… algo más que un simple parecido. Era su viva imagen.

—Ya —asintió Campbell, pensativo—. ¿Quién era él, exactamente?

—Slim Quarrell, un convicto por asesinato. No habrá oído hablar de él.

—No importa. Yo puedo decirle lo mismo: aquel hombre que vi, era el vivo retrato del presidente Vaughn. Y éste lleva once años muerto.

—Puede ser un parecido casual, pero me ha intrigado que se presente por dos veces en la misma ciudad y en un período de tiempo idéntico… Por eso vine a verle. Quise exponerle mi caso, por si le sirve de algo.

—Puede servirme de mucho. No soy yo solo quien ve fantasmas de ultratumba, señorita Drake.

—Por favor, no creo en historias de aparecidos…

—Yo tampoco. Pero la semejanza existe. Y son ya *dos* casos distintos. Raro, ¿no? Si se hubiera acercado a ese hombre, tal vez hubiera sufrido quemaduras semejantes.

—¿Usted cree? —se estremeció ella.

—Estoy seguro.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé. Su piel, cuando establecí contacto con aquel hombre, estaba fría como el hielo. Me miró como si yo fuese un insecto molesto. En ningún momento intentó mostrarse violento. No hizo nada brusco. De repente, su contacto me abrasó. Retrocedí, aturdido por las quemaduras que enrojecían de súbito mi piel, y entonces él desapareció entre la gente, sin dejar rastro.

—Es asombroso. ¿Era muy grande el parecido con el presidente Vaughn?

—Espere —dijo roncamente él—. Usted misma juzgará…

Rebuscó en la cartera que extrajo de un cajón de la mesilla, ante la perplejidad de Sybil, que contemplaba sus movimientos extrañada.

—¿Qué es lo que busca? —indagó.

—Una fotografía. Obtuve una con mi máquina miniatura de pequeño tamaño. Es algo que hago por costumbre ante una noticia de posible interés. Pero no he querido entregarla a la televisión ni informar de ella a nadie. Todavía no. Usted va a ser la primera persona a quien se la muestro. Si aún recuerda a su difunto presidente, juzgue por si misma…

Puso en sus manos una pequeña cartulina brillante, con una fotografía en color, nítida y perfecta. Sybil sufrió un brusco sobresalto ante aquella imagen.

—¡Dios mío! —exclamó con voz quebrada—. ¡Parece el propio presidente Vaughn!

Campbell señaló al hombre que, imperturbable, parecía mirar a la cámara desde el rectángulo brillante de la fotografía, con gesto inexpresivo.

—Algo más que eso, señorita Drake —musitó roncamente—. Va a tomarme por loco sin duda alguna, pero…, pero estoy seguro de que *es él en persona, el propio presidente Vaughn*…

Antes de que Sybil pudiese replicar cosa alguna, mientras sus ojos dilatados se fijaban con credulidad en el rostro repentinamente serio del paciente, la puerta de la estancia se abrió a sus espaldas, y la enfermera Lagrange anunció:

—Lo siento, señorita Campbell. Es la hora. Han pasado los diez minutos…

3

La fotografía volvió a las manos del periodista inglés, que mantenía sus ojos fijos en la joven. Sybil se puso en pie vacilante.

—Sí, ya me iba, señorita —-murmuró aún bajo la impresión que le produjeran las palabras extrañas e inquietantes del paciente—. Volveré mañana…, lan.

—Te estaré esperando --sonrió él, guardando la fotografía entre sus cosas con rapidez—. De todos modos, voy a salir pronto de aquí, si todo va bien. ¿Vuelves a Inglaterra?

—No antes de verte de nuevo, si ello es posible —musitó ella.

—Ya veremos —terció la enfermera—. El doctor Durand decidirá mañana. Telefonee antes de venir, por si no se le autoriza la visita, señorita Campbell.

—Está bien —tendió su mano a lan, como despidiéndose de alguien al que quizá no vería ya más—. Adiós, lan.

—Adiós, querida —sonrió el reportero, apretando la mano femenina entre las suyas—. Y reflexiona sobre lo que te he dicho. Trata de recordar detalles. Puede ser importante. Más de lo que

parece.

—Lo sé. Sobre todo... si tú tuvieras razón —fue la respuesta de ella.

—Lo malo es que temo tenerla —suspiró Campbell, sombrío.

Abandonó Sybil la habitación. La enfermera cerró la puerta tras de sí y ambas mujeres avanzaron corredor adelante. Este le pareció a la joven americana más largo y sombrío que a su llegada, sin saber la razón.

—Ahora no puedo hablar con el doctor Durand, señorita Campbell —dijo la enfermera—. En otro caso, ya podría decirle si ha de venir mañana o no. Pero él está en el quirófano de urgencia. Ha habido un grave accidente automovilístico, un choque en cadena en la carretera del aeropuerto de Cointrin, y nos han traído aquí a seis personas muy graves. Otras han ido a otros hospitales y clínicas de Ginebra. Por desgracia, apenas llegaron murieron tres de las víctimas. Están ahora abajo, en el depósito. El doctor trata de salvar otras tres vidas, pero no parece haber mucho optimismo al respecto... Están todas ellas muy mal. El accidente fue realmente terrible.

Sybil asintió distraída. Se daba cuenta vagamente de la gravedad de lo ocurrido, pero en realidad tenía su mente muy alejada de todo aquello que le relataba la enfermera. Estaba pensando en lo que le dijera Ian Campbell, allá en su habitación, momentos antes.

«...Estoy seguro de que es él en persona, el propio presidente Vaughn...»

Era espantoso imaginar que esas palabras podían ser ciertas. Era admitir que un muerto pudiese volver a la vida, regresar de entre los muertos... Y además, estaba Slim... Slim Quarrell... ¿También él..., también él podía ser algo más que un simple «doble»? Eso es lo que le había sugerido claramente el periodista inglés.

Eso es lo que estaba haciendo sentir terror y angustia a Sybil Drake, mientras alcanzaba el ascensor, junto a la enfermera de la tercera planta.

El ascensor subía en este momento desde la planta baja.

Sybil y la enfermera esperaron a que se detuviera, justamente en aquella planta. Las puertas se abrieron y comenzó a salir gente de la cabina.

Un alarido de horror brotó de los labios de la enfermera.

Sybil Drake palideció intensamente, y retrocedió, tambaleándose, contemplando alucinada la espantosa serie de personas que abandonaba el ascensor, justamente delante de ellas dos.

Los que salían de la cabina, lenta e inexpresivamente, eran seres humanos, pero no lo parecían en absoluto. Sus cráneos masacrados o rotos, sus rostros desfigurados, sangrantes y desgarrados, sus cuerpos envueltos en jirones de ropas ensangrentadas, revelando costillas

hundidas, tripas al aire o huesos descarnados, allí donde los desgarros y destrozos eran mayores, pertenecían a un autentico aquelarre de muerte, de sangre y de horror.

Lívidos, color cera, indiferentes a todo, caminaban pesadamente, moviéndose hacia ellas como una amenaza de otro mundo. A uno de ellos, le colgaba la órbita de un ojo, por un nervio, fuera de la cuenca, entre salpicaduras de sangre ennegrecida, y otro mostraba la laringe y las cuerdas vocales a través de un destrozo brutal en su garganta.

Eran cadáveres.

Simples cadáveres, porque nadie podía sobrevivir con aquellos destrozos mortales. Eran cuerpos desprovistos de vida, pero que *caminaban*.

Y se movían hacia ellas. Implacables. Herméticos, fríos, como máquinas.

La enfermera se precipitó al teléfono del mostrador de recepción, para llamar desesperadamente a alguien, sin dejar de emitir gritos prolongados y terribles, convertida su bonita cara en una máscara de terror. Sybil, por su parte, sólo emitía gemidos de angustia, retrocediendo paulatinamente, la mirada fija, cuajada de pavor, en aquellas figuras dantescas, surgidas de la misma Muerte.

La enfermera falló, a causa de sus nervios, y el teléfono cayó de sus manos. Al intentar agacharse para recogerlo, descubrió ante ella los muñones destrozados de unos pies en movimiento, cuyos dedos aparecían reventados y desfigurados. Su chillido tuvo algo de animal, cuando una mano de aquel ser entró en contacto con su rostro. Sybil, alucinada, descubrió que allí donde la mano del muerto tocaba, aparecía con rapidez una mancha roja, cubierta de ampollas.

Quemaduras.

Lo mismo que lan Campbell. El contacto con... con los cadáveres producía quemaduras idénticas.

Luego lan había tocado un *cadáver*. El cadáver del presidente Vaughn.

¡Y ella había visto el cadáver viviente de Slim Quarrell, deambulando por las calles de Ginebra!

Nuevos roces cubrían de llagas y ampollas la faz y manos de la enfermera que, sacudida por un dolor horrible sin duda alguna, se agitaba, encogida, tratando de huir de aquel contacto mortífero.

Sybil eludió la proximidad de uno de aquellos cadáveres y echó a correr pasillo adelante, empezando a gritar ella también.

En ese momento, una puerta se abrió al fondo. Ian Campbell apareció, vestido con pijama, descalzo, y con el rostro alterado.

—¿Qué significan esos gritos? —comenzó a decir, para callar inmediatamente, con expresión horrorizada ante la escena que tenía lugar en el corredor de la clínica—. ¡Dios mío...!

Sybil, en su desesperación, se precipitó hacia él, puesto que sólo lan, el periodista inglés, suponía para ella una esperanza de ayuda y protección en tan terribles momentos.

—I Ayúdeme, lan, se lo ruego! -—sollozó—. ¡Están matando a la enfermera, la están cubriendo de quemaduras horribles! ¡Son cadáveres... son gente muerta, víctimas de un accidente de carretera! ¡No sé cómo, pero han resucitado!

—Serénese —la detuvo lan, aferrándola con energía, sin desviar sus ojos de las terroríficas figuras que, al fondo del pasillo, cambiaron ahora de dirección, encaminándose inexorables hacia ellos—. Hay que salir de aquí de algún modo. Cualquier cosa antes que plantarles cara...

Sybil sollozaba, rotos sus nervios, aferrándose a lan Campbell, incapaz de luchar, de hacer algo práctico, vencida por el pánico y por la impresión indescriptible que una situación así producía en ella.

—No puede acercarse a ellos... —gimió—. Su solo contacto abrasa...

—Lo supongo. Es el mismo caso que yo viví. Sólo que allí, él no atacaba... y ahora sí, ahora, *ellos atacan*... no sé por qué.

La enfermera Legrange no chillaba ya. Era mal indicio. Posiblemente las quemaduras recibidas fueron tan graves y repetidas que terminaron por provocarle un colapso o un desvanecimiento. Sybil temió lo peor de ambas posibilidades.

Ian no separaba sus ojos de los monstruos. Parecía estar midiendo sus escasas posibilidades de evasión, ya que el corredor aparecía totalmente ocupado por el espantoso trío de muertos vivientes.

—La ventana —susurró, señalando a sus espaldas—. No veo otra salida. Si nos encerramos en una habitación, pueden derribar la puerta y cogernos sin posible salida...

—Pero la ventana... es un tercer piso —musitó Sybil—. Si no hay cornisa...

—La hay. Pero no demasiado ancha. ¿Cree que podrá moverse por ella sin caer abajo?

—Lo..., lo intentaré. Cualquier cosa es mejor que caer en manos de esas *cosas*... —susurró Sybil, angustiada.

—Bien. Entonces, vamos hacia atrás. Yo abriré la ventana. Salga usted primero, con cuidado. Quítese el calzado. Guardará mejor equilibrio descalza. Yo la cubriré e iré tras de usted. Ellos no creo que puedan seguirnos por ahí. Caerían abajo.

—¿Y de qué servirá que caigan? Si están muertos... ya no pueden morir.

—Dejemos eso ahora. Lo importante es salir de aquí, avisar de lo que sucede... Las autoridades tienen que saber esto y resolverlo de alguna forma. Algo no funciona normalmente, algo ha hecho que se

alteren los equilibrios de la vida y de la muerte, no sé por qué. Pero no es tampoco el momento de ponerse a reflexionar ni hacer cábalas —abrió la ventana—. Vamos, salga. Y tenga mucho cuidado. No quisiera verla convertida en… en uno de «ellos».

Sybil sufrió un violento escalofrío. La espantosa idea, tan sencillamente expuesta por lan, resultaba delirante. Pero factible. Aquellos hombres habían estado vivos hasta pocas horas antes cuando el accidente de circulación les mató. Ahora eran monstruos agresivos y horribles.

Si ella o cualquier otro morían ahora… podrían pasar a convertirse en uno de ellos, en un espectro más, capaz de atacar a los seres vivientes…, y capaz de abrasarles con su solo contacto.

Asomó a la ventana, a la noche fría y transparente de Ginebra. Jamás imaginó, al abandonar el hotel y dirigirse a aquella clínica, que las cosas tomarían aquellos derroteros escalofriantes. Pero estaba sucediendo, por inverosímil que pareciese, y así había que admitirlo.

La cornisa, ciertamente, era bastante estrecha. Demasiado para sentirse segura al pisarla. Sólo que, entre esa posibilidad y la proximidad cada vez más acentuada de los cadáveres vivientes, era preferible jugarse el todo por el todo.

Pisó la cornisa resueltamente, con los pies descalzos. El frío de la piedra casi le dolió en las plantas de los pies, pero empezó a caminar, dando vuelta al edificio, en busca de otra salida posible.

Ian Campbell miró durante unos segundos a los cadáveres que se aproximaban. Luego, siguió a la joven, apoyando sus quemadas manos en el muro de la clínica, para seguir los pasos de Sybil a corta distancia, con el mayor equilibrio posible.

En el corredor quedaron los cadáveres sangrantes y mutilados, moviéndose torpemente hacia la ventana. De repente, se pararon y vacilaron, como si no supieran qué hacer. Eso fue lo último que vislumbró Ian, antes de alejarse definitivamente de la abierta ventana.

—¿No siguen? —gimió Sybil, moviéndose cautelosamente ante él.

—No. Siga ahora, y no se preocupe más. Parecen preguntarse qué hacer.

—¿Es..., es posible que tengan inteligencia, cerebro?. ¡Están muertos, Ian!

—Lo sé. Pero esto no responde a nada de lo establecido. No hagamos cábalas basándonos en la lógica. Creo que ésta, por alguna razón, ha dejado de existir.

Sin embargo, su mirada a la ciudad suiza, con sus luces allá abajo, le quería demostrar otra cosa. La vida continuaba, el mundo era el mismo de siempre, la normalidad reinaba en Ginebra, en Suiza, en la Tierra toda.

¿Dónde estaba, pues, lo anormal? ¿Qué significaba aquella pesadilla que tenía lugar en el interior de la clínica, y de la que parecieron ser presagio extraño la visión de dos personas muertas años atrás a mucha distancia de Europa?

Ambos parecían estar pensando en lo mismo, pese a que trataban de poner todos sus sentidos en lo que hacían, puesto que el recorrido de la cornisa era un constante desafío al peligro.

Pasaron ante una serie de ventanas, y finalmente, lan hizo un gesto de aviso a la joven.

—Creo que aquí estará bien —señaló una ventana—. Entremos por aquí. Hemos rodeado virtualmente la mitad del edificio.

Golpeó el vidrio, rompiéndolo, y pasó la mano al interior para abrir el pestillo. Ayudó a Sybil a entrar, y luego él la siguió. Estaban en una estancia repleta de sábanas, ropas de enfermero, toallas y toda clase de prendas útiles para una clínica. Hizo una señal de cautela, y avanzó hacia la puerta entreabriéndola lentamente.

Se hallaban en otro corredor de la planta tercera. No se veía absolutamente a nadie a lo largo del mismo. El ascensor mostraba, a corta distancia, la luz ámbar de su emplazamiento, esperanzadoramente desocupado.

—Vamos —musitó lan—. Pero no se confíe lo más mínimo.

La tomó de una mano y avanzaron ambos resueltamente, sin producir ruido con sus pies descalzos en el pavimento. Fueron llegando al ascensor, cuya luz marcaba la inmovilidad del mismo, a la espera de ser utilizado. Los ojos de lan, recorriendo de lado a lado el corredor, no se perdían detalle.

Alcanzaron la puerta del ascensor. Este se hallaba allí parado. Era gemelo al que sirviera a los cadáveres para viajar hasta aquella planta, al otro extremo del edificio. La clínica era mayor de lo que parecía desde el exterior, dada la profundidad de su estructura. Su silencio de ahora, total y sobrecogedor, resultaba quizá por ello más impresionante aún.

Era como si de repente hubiera dejado de existir vida en ella. Total y absolutamente.

—Tengo miedo, Campbell… —musitó ella, roncamente, mientras él estiraba la mano y abría la puerta del ascensor.

—¿Pues qué cree que siento yo? —tuvo él ánimos de bromear todavía-—. No soy ningún héroe, créame…

Entraron en el ascensor vacío. Con un suspiro, él cerró la puerta. Luego, pulsó el botón de la planta baja. El ascensor comenzó su descenso. Les apareció el más lento ascensor de su vida. Y el más ruidoso, pese a la suavidad del zumbido que producía la cabina en marcha.

Llegaron abajo. Abrió lentamente la puerta lan Campbell, más alerta que nunca.

No parecía nada convencido de la facilidad con que estaban resultando las cosas últimamente. Era evidente que temía algo. Y no sabía el qué.

Salieron del ascensor. Sybil dominó un grito de horror, mordiéndose con frenesí la mano, y estrujando con la otra los firmes dedos de lan. Este miró adonde lo hacían las dilatadas pupilas de la joven.

La enfermera de la entrada del establecimiento, no había sufrido mejor suerte que la de arriba. Aparecía volcada sobre el mostrador, con el teléfono descolgado, el rostro color púrpura, hinchado, desfigurado por una serie de horribles ampollas y llagas. Estaba muerta.

—Pasaron por aquí —jadeó lan—. Mire, debieron venir por allí…

Señaló un corredor inmediato, al fondo del cual se leía: «DEPOSITO. NO ENTRAR». Era la Morgue de la clínica. El lugar donde unos cadáveres, increíblemente, volvieron a la vida… Sybil sintió un escalofrío en su nuca.

—Vamos fuera —rogó roncamente—. Han debido aniquilar a toda la clínica. Este silencio, esta ausencia de seres vivos…

—También es posible que ellos hayan bajado de nuevo tras de

nosotros —señaló él, preocupado, mirando en torno—. Vayamos con cautela, amiga mía. No quisiera terminar como esa pobre mujer. Ni verla a usted en peligro.

Avanzaron precavidamente hacia la salida de la clínica, lan tuvo razón. Todo era demasiado fácil. Estaban ya ante la puerta, cuando se demostró que sus temores estaban bien fundados.

Sybil lanzó un agudo grito de terror cuando la puerta de la clínica se abrió ante ellos.

¡Los cadáveres estaban allí, con sus rostros deformes y sus cuerpos destrozados, erguidos como tres monstruos de pesadilla, cerrándoles el paso en el umbral!

La joven americana se sintió próxima a un estado demencial ante aquel nuevo horror que les impedía el paso. Ian soltó una imprecación y retrocedió con ella unos pasos como si no supiera qué hacer.

En ese momento, a su lado, la enfermera abrasada comenzó a moverse...

—¡Mire! —chilló Sybil delirante—. ¡Está *resucitando*!

—Me lo temía —jadeó lan muy pálido—. Los muertos vuelven a la vida... Es una cadena interminable, un ciclo sin principio ni fin. Todos los que mueren... resucitan casi en seguida. Otros llevaban años y años muertos... Dios ¿qué está pasando aquí?

La enfermera, inmutable, con su atroz rostro purpúreo e hinchado, se erguía lentamente, dirigiéndose hacia ellos, como movida por una fuerza superior, con la idea de cerrarles definitivamente el paso. La puerta del depósito, al fondo, chirrió... y unas pisadas sordas acusaron la proximidad de otros cadáveres que iban a lograr envolverles en una red de pesadilla de la que les sería imposible salir.

Los tres cadáveres de la puerta iniciaron su marcha hacia ellos.

Y un ascensor, a sus espaldas, sonó apagadamente, en descenso. Alguien más bajaba... y la joven pareja estaba de que no se trataba tampoco esta vez de ninguna i va o normal. El cerco alucinante se estaba cerrando.



En ese momento crucial para su destino, lan Campbell tuvo suficiente sangre fría y control de sí mismo para no perder la serenidad y darse por vencido.

Sus ojos se clavaron en la lámpara del vestíbulo, que colgaba entre su actual posición y la puerta de salida. Parecía colgar de un sólido cable unido a una argolla del techo. Se preguntó si resistiría. Pero no había otra posibilidad. Era la única esperanza para ellos dos.

—Sybil, escuche bien —susurró sin dejar de retroceder paso a

paso—. ¿Ve esa lámpara...? Voy a intentar saltar hasta ella. Con usted, naturalmente.

—No resultará... Hágalo usted solo. Podrá salir...

—No. Los dos o ninguno. Atienda bien. Aférrese a mi cintura. Deje libres mis brazos y piernas. Sólo mi cintura y con fuerza. Abráceme como si fuera su propia vida. Luego tome impulso conmigo. Saltaré primero a ese mostrador, el de la enfermera muerta. De allí a la lámpara. Y luego... que Dios nos ayude, ¿Entendió?

—Sí. Pero si la lámpara cede... o no la alcanza...

—Al menos lo habremos intentado. Es peor así. Estamos acorralados. No hay otra salida, créame. ¡Adelante, Sybil!

Ella aferró su cintura con fuerza. Las puertas del ascensor se estaban abriendo. La enfermera llegaba muy cerca de ellos. Los cadáveres sangrantes y desfigurados estaban a sólo cinco o seis pasos de alcanzarles...

Ian saltó con elasticidad hasta caer en pie sobre el mostrador de recepción. Sin detenerse apenas allí, midió la distancia, y volvió a saltar, llevando consigo a Sybil... para extender sus brazos en el aire y aferrar así la lámpara.

Al sujetarla notó un crujido en el techo, pero no hizo caso, tomó impulso, oscilando como un péndulo, por encima de los cadáveres vivientes, llevando consigo a la joven, y luego efectuó otro salto formidable, por encima de todas las cabezas de aquella espantosa legión de espectros, cayendo justamente ante la puerta de la clínica.

Abrió ésta, y salió rápidamente al exterior, ya con Sybil sujeta a una de sus manos, siguiéndole a la carrera. El aire frío de la noche, les azotó el rostro agradablemente, mientras cruzaban los jardines, y salvaban la verja con toda rapidez.

Se volvieron un instante, ya en la calle. Vieron agrupados en la puerta iluminada los cuerpos y rostros de aquellas espantosas criaturas, y todo lo vivido les pareció increíble y fantástico. #

Pero habían estado a punto de ser Como ellos, simples muertos vueltos a una vida extraña y escalofriante...

—¿Nos creerá alguien ahora? —musitó lan entre dientes, contemplando las calles bien iluminadas de la ciudad, el aire normal y tranquilo de Ginebra en la noche, tan diferente a la obsesiva atmósfera de horror que se respiraba en el interior de la Clínica Helvética.

—Me temo que no... —jadeó ella—. ¿Qué podemos hacer para convencerles?

—No sé. Incluso la fotografía del presidente Vaughn se quedó allí dentro... Sólo está nuestra palabra. Y no creo que valga demasiado.

—Pueden venir a la clínica, comprobarlo por sí mismos... —sugirió Sybil.

—Quizá. Pero ellos podrían fingir, siempre que desapareciesen los

mutilados en el accidente, decir que sufrieron quemaduras a causa de cualquier siniestro...

—lan, ¿usted les ha oído hablar a alguno de ellos? —preguntó Sybil de pronto.

—¿Hablar? —Campbell mostróse perplejo—. No, es cierto. No pronunciaron palabra. Tal vez sea lo único que no recuperen al resucitar... No pronunciaron el menor sonido. Quizá eso nos sirva... Vamos, hay que ir la policía...

—Espere —le pidió Sybil, reflexionando—. Tengo una idea...

—¿Qué idea? Esto debe ser denunciado cuanto antes...

—Escuche, Campbell; yo soy secretaria de la Delegación científica norteamericana en la Convención Internacional de la Ciencia. Creo que lo sucedido deberían saberlo antes mis jefes. El profesor Neil Warren, especialmente. El es un biólogo eminente y puede ayudarnos mucho. Además, quizá nos dé alguna idea para reforzar la credibilidad de nuestra historia.

—Si cree que ello puede ser útil... adelante. Pero no puedo ir por ahí en pijama y descalzo, señorita Drake...

—No se preocupe, cualquier problema ahora carece de importancia al lado de lo que hemos vivido ahí dentro. Como usted dijo, está ocurriendo algo que altera el equilibrio de lo razonable y lo lógico. Nadie mejor que un científico para saberlo en primer lugar. Luego, que la policía resuelva.

—Bien. Vamos allá. Ahora es usted quien manda.

—No diga tonterías. Somos dos personas unidas al mismo apuro. De no ser por usted ahora estaríamos ahí dentro..., convertidos en una de esas horribles «cosas». Creo que vale la pena que sigamos luchando unidos, hasta alejar este peligro. ¿No se ha preguntado todavía por qué ha tenido que ocurrir todo eso *precisamente* en la Clínica Helvética?

—Sé lo que quiere decir —asintió Campbell, sombrío—. Lo he pensado ya anteriormente. Usted y yo somos dos personas que tenemos algo en común: ambos vimos con vida a seres que *no podían estar vivos*. Es como si *algo o alguien* hubiera resuelto quitamos de el medio para que nadie supiera por nosotros lo que sucede...

—Exacto. Eso mismo es lo que yo he pensado —hizo un ademán a un taxi que pasaba cerca de ellos, y el coche de alquiler se detuvo—. Por eso me temo que tendremos que luchar desesperadamente por sobrevivir... y por ser creídos.

Dio una dirección al taxista, que miró con asombro a lan Campbell, al verle en pijama pero, sin decir nada, obedeció, dirigiéndose al lugar que acababa de indicarle Sybil.

4

Los tres científicos habitaban en el mismo hotel donde Sybil escuchara por primera vez el nombre de lan Campbell, corresponsal de la Agencia Alfa de Noticias, de Gran Bretaña.

Cuando llegaron al establecimiento de Quai des Bergues, todo aparecía allí tranquilo y normal, como si nada insólito sucediera en alguna parte de la ciudad suiza. Ellos sabían que no era así, pero por un momento, sintieron la ilusión de que todo hubiera podido ser fruto de su imaginación, un delirio imposible.

Una sola mirada mutua, un intercambio de sus ojos preocupados, bastó para recordarles que, desgraciadamente, no era así. Estaba ocurriendo algo. Algo siniestro y espantoso que nadie imaginaba, y que posiblemente sólo ellos conocían por el momento. Algo que podía convertirse en un horror sin límites.

Pasaron ante el personal de servicio nocturno en el hotel. Algunas personas leían o tomaban una copa en la sala inmediata al vestíbulo. Otras, salían del salón de TV, donde estaba terminando la proyección de la película de aquella velada. Todo increíblemente normal y cotidiano. Como si nada sucediese. Como si nada hubiera ocurrido nunca que pudiese alterar el ritmo de la vida de cada día, ni allí ni en parte alguna.

—Dios mío, Campbell, imaginar que nadie sospecha nada... —susurró ella, tras recoger su llave de la conserjería, y pulsar el botón del ascensor—. Aquí todo parece tan fantástico, tan increíble, cuando se piense en ello...

—Pero existe. Es real, señorita Drake —suspiró él, mirando pensativo en torno—. Ambos sabemos que no hemos soñado. Que todo ocurrió.

—Sí, eso es cierto, por absurdo que parezca.

—Si a nosotros mismos nos parece inaceptable, ¿qué pensarán los demás de nuestra historia? —contempló la cabina iluminada cuya puerta se abría suavemente ante ellos y meneó la cabeza, sombrío—. No sé si debemos molestar a sus jefes con todo esto...

—Tenemos que hacerlo —ella pasó al interior del ascensor—. Vamos.

La siguió de mala gana. Ella pulsó el botón del quinto piso. El ascensor se puso en marcha. Tras un corto silencio, lan comentó:

—¿Cree que van a darnos el menor crédito?

—Ellos son fríos y desapasionados. Son científicos, después de todo. Escucharán y primero pensarán que nos hemos vuelto locos. Cuando vean que no es así, empezarán a tratar de ver una explicación lógica en todo ello. Especialmente, el doctor Warren. El tiene que pensar algo.

—Es un biólogo. Estudia la vida humana, no la muerte. Y lo que está ocurriendo, sea lo que sea, sucede después de la muerte.

—Aun así, puede que algo se le ocurra. El sabe que yo no soy una mujer imaginativa ni dada a histerismos.

Ian no comentó nada. El ascensor llegó a su destino. La puerta automática se deslizó en silencio. Salieron al corredor. Ella señaló unas puertas del fondo.

—Es ahí —dijo-—. Espero que no estén dormidos todavía...

Se detuvo ante una de las puertas, con lan a su lado. Llamó con los nudillos y espero paciente. Nadie respondió. Ella enarcó las cejas.

—Seguro que están durmiendo —se quejó insistiendo en su llamada.

La puerta continuó cerrada. Sybil pasó a la puerta inmediata.

—Si el profesor Warren está dormido, probamos con el profesor Maddox. Se ocupa de estudiar la conducta animal y todo eso, relacionándola al ser humano, y analiza la agresividad del hombre ante determinados impulsos emocionales.

Golpeó con los nudillos en la puerta inmediata. Tampoco respondió nadie de momento. Pero, aparte de eso, la puerta de madera cedió levemente, entreabriéndose. Ambos se miraron. Una repentina inquietud asaltó a Sybil. Y estuvo segura de que algo parecido sucedía con él.

—Es raro —comentó—. Se le olvidó cerrar la puerta...

Trató de empujarla, pero lan Campbell se le adelantó con rapidez, poniéndose por delante y empuñando el tirador de la puerta.

—Deje —pidió seco—. Yo lo haré, señorita Drake.

Y con suavidad, pero con firmeza a la vez, apartó levemente a la joven, y empujó decidido la puerta, asomando a la habitación del profesor Maddox, quien inexplicablemente había dejado abierta la puerta y encendida la luz de su mesilla.

Ello le permitió al periodista inglés advertir la presencia del hombre tendido en el lecho. Avanzó hacia él, seguido por Sybil. No necesitaron acercarse demasiado para descubrir el aspecto del supuesto durmiente.

Sybil lanzó un grito ronco y perdió el color. —¡Dios mío! —gimió —. ¡Se repite todo igual! ¡Profesor

Maddox! ¡Profesor!

El no respondió. No se movió. No hubiera podido hacerlo.

Estaba muerto.

Su rostro, sus manos, eran una viva ampolla, una serie de llagas horribles y violáceas, resultado de espantosas quemaduras que incluso habían convertido sus ojos en dos globos enrojecidos y saltones.

—Está muerto —dijo secamente lan—. Como la gente de la clínica... También esa clase de muerte ha llegado aquí. Lo de abajo, la

normalidad que se respira allí, era engañoso…

Un cercano jadeo, unos estertores roncos, despertaron su alarma y curiosidad. Giraron la cabeza, dejando de contemplar el cadáver desfigurado del profesor Alex Maddox, el etólogo americano.

La puerta de comunicación con otra habitación, aparecía entornada. De allí venían los gemidos dolientes. Con rapidez, tomando de una mano a Sybil, lan avanzó hasta la estancia vecina.

Allí también estaba encendida la luz. En el lecho, un hombre se agitaba, convulso, tratando de hacer algo, quizá de incorporarse. Sólo llevaba el pantalón de pijama y su rostro, manos y pecho aparecían igualmente cubiertos de llagas, ampollas y quemaduras amplias y profundas.

—¡Profesor Warren! —gritó Sybil, corriendo hacia él—.

¡Usted! ¿Qué ha ocurrido aquí?

El monstruoso y desdichado profesor, se volvió hacia ellos, agitándose en la cama espasmódicamente, sin duda por un dolor insoportable. Su voz sonó ronca cuando unos ojos inyectados en sangre se fijaron en ellos. —Me… duele… Es… horrible…

—¿Quién lo hizo? —preguntó Ian—. ¿Quién entró aquí, profesor, y le tocó a usted? —Fue uno de… ellos… Estoy seguro… No entiendo lo que ocurre…, pero era uno…, uno de ellos…

—¿*Ellos*? ¿Y quiénes son ellos, exactamente? —trató de saber Sybil, arrodillándose junto al profesor con patética expresión—. Tiene que decírmelo, profesor Warren. Soy yo, su secretaria, Sybil Drake… Usted sabe algo que nosotros ignoramos… y yo sé algo que usted posiblemente ignore… Quise hablarle antes de ello…, pero no imaginé que pudiera llegar a ocurrir todo esto…

—Llamaré a un médico con urgencia —dijo lan acercándose al teléfono, mientras ella intentaba saber algo a través del profesor Warren.

—Será… inútil… —jadeó el profesor—. Estas quemaduras… son la muerte. Se me va la vida… Algo… ha cambiado los planes… y mis proyectos se han vuelto contra mí. Era…, era algo grande, revolucionario… y falló. Supe que había fallado… desde que desapareció el vagón…

—¿El vagón? —los ojos de Sybil brillaron—. ¿Qué quiere decir con eso, profesor? ¿Se refiere al vagón de material científico que desapareció del apartadero ferroviario?

—Sí… Sí… Me refiero a eso… —musitó el herido—. Ese maldito… vagón…

—Por el amor de Dios, profesor, ¿qué contenía, para que usted diga eso? ¿Qué había en ese vagón?

Los ojos estremecedores del profesor se fijaron en ella. Su boca moduló una palabra que, en otro momento, hubiera resultado sin

sentido para ellos, pero que ahora, en estas circunstancias, tenía un resultado escalofriante y atroz:

—*Cadáveres*…

—¿Qué? —jadeó Sybil demudada.

—Sí… Cadáveres… Conseguí… algo imposible hasta hoy… La Biología… aplicada a la prolongación de la vida humana… más allá de los límites de la misma muerte… Yo mismo… elegí… los cadáveres… que trasladé a Ginebra para mí… experiencia reveladora… Y ahora… todo…, todo… está perdido. Ellos…, ellos se han rebelado, *ellos* están por ahí…, sin control…

—Los muertos… Los muertos que viven… —susurró ella, estremecida—. Profesor, yo vi a Slim Quarrell por las calles… Este hombre vio al presidente Vaughn… ¿Usted…, usted los eligió para… sus horribles experimentos?

—Sí… A ellos… y otros más…, como el terrorista Han Lubeck, como el dictador Janos Kreken… y otros muchos… Todos ellos elegidos por su maldad… o por su personalidad negativa… Yo pretendía demostrar… que devolviendo la vida a ciertas personas… podía programar biológicamente una nueva existencia diferente… y mejor… No sé qué pudo ocurrir… para que esto… se derrumbase de tal modo… y las cosas se convirtieran en este maldito horror… Por favor, señorita Drake, creo que el profesor Maddox… necesitará más ayuda que yo…

—Se equivoca, profesor Warren —negó ella despacio—. Nadie puede hacer ya nada por él. Está muerto…

—Dios mío… —se agitó el cuerpo horriblemente abrasado en el lecho—. Dios mío, qué espantoso desastre…

—El médico subirá en seguida —dijo Ian, colgando el teléfono—. El del hotel, naturalmente. Me pregunto yo qué explicación podremos darle de todo esto… De modo que era un experimento científico… ¿Cómo podía dotar de nueva vida a simples cadáveres enterrados tiempo atrás, profesor?

—Esos cadáveres… los recuperé también años atrás, apenas enterrados. Los tuve conservados cuidadosamente, sin destruir sus células cerebrales, reactivando la circulación sanguínea con un plasma especial… y actuando sobre sus círculos mentales, para alterar su conducta. El profesor Maddox me ayudó a ello… y también el profesor Talbot con sus hallazgos electrónicos, aplicados a los cerebros reactivados. Era obra de nosotros tres, en estrecha colaboración…, y todo se ha hundido ya.

—¡El profesor Talbot! —exclamó Sybil, angustiada, mirando a lan —. Cielos, tal vez esté muerto también…

—Iré a verlo. No se mueva de aquí —silabeó Campbell—. Y recuerde que el propio Warren es ahora un enemigo en potencia… en

cuanto resucite.

Abandonó la estancia con rapidez. Warren miraba con horrorizado patetismo a su secretaria.

—Resucitar... ¿Resucitar el profesor Warren? —jadeó—. ¿Qué significa eso?

—Evidentemente, algo que usted no programó con su gran experimento. Los que mueren con quemaduras como las suyas... o los que mueren en accidente, de pronto resucitan, convertidos en algo parecido a monstruos *zombies*, cuyo afán era destruir, aniquilar a los que están realmente vivos.

—Pero... eso no entraba en nuestros proyectos... No tiene sentido...

—No lo tiene. Pero está ocurriendo.

—Cielos, ¿qué es lo que sucede realmente? ¿Qué es lo que está alterando todo hasta ese punto, señorita Drake?

—Quisiera poderle responder, profesor Warren —musitó ella con amargura—. Pero mucho me temo que no esté capacitada para ello... Algo con lo que ni siquiera usted ni sus colegas contaron, se ha mezclado en todo esto, para alterar sus planes a su propio gusto... Algo o alguien que ni siquiera sabemos si es humano...

—Dios mío, es espantoso... Espantoso... —jadeó amargamente el herido.

—Pero aún no nos ha dicho ni siquiera quién le atacó, quién le causó esas quemaduras, profesor... —le recordó ella, pensativa.

—Fue... uno de ellos, maldito... Precisamente... Han Lubeck, el terrorista ajusticiado hace diez años... Tenía que haber sido un hombre honesto y pacífico, de haber resultado mi experimento..., y ahora..., ahora es..., es un...

—Sé lo que es —asintió ella, con gesto sombrío—. He visto lo suficiente en esa horrible noche, profesor, para saber lo que sucede...

En ese momento regresó lan Campbell de la estancia donde se alojaba el profesor Elmer Talbot, el genio de la Cibernética. Sybil le miró angustiada. Ian negó con la cabeza.

—No está. Ha desaparecido. Tiene la llave puesta por dentro, pero él se marchó. No podemos saber si vivo... o muerto.

—Cielos... —musitó Sybil, entornando los ojos-—. ¿Qué podemos hacer ahora?

—No lo sé. Si el profesor Warren relata lo que nos ha dicho a nosotros, tal vez nos crean al fin. Ese médico aún no sube... y temo por su vida —murmuró en voz baja, señalando al científico—. Está muy mal. Son quemaduras del máximo grado... Le han afectado los pulmones, los tejidos vitales, estoy seguro...

—¿Cree que va a morir?

—Estoy convencido de ello. Y no tardando mucho —miró

preocupado a la cámara vecina—. Y Maddox ahí dentro, sin vida... Es cuestión de minutos o de horas, según el caso..., que se convierta en uno de «ellos», usted lo sabe.

En ese momento golpearon en la puerta suavemente. Una voz llamó:

—Soy el doctor Hertzog del hotel. ¿Es aquí el caso de urgencia?

Rápido, lan fue a la puerta y la abrió, aunque en guardia por si surgía una sorpresa desagradable. Se encontró ante un hombre alto, delgado y canoso, de aspecto pulcro, con un maletín negro en su mano.

—Sí, doctor —dijo—. Adelante. Creo que es muy grave.

—Cielos... —el médico se estremeció al ver a Warren—. ¿Qué le pasó a este hombre? Está materialmente abrasado... y no veo fuego por aquí.

—Sería largo de contar, doctor. Usted trate de asistirle lo mejor posible. Ahí al lado hay otro hombre, el profesor Maddox..., muerto por quemaduras.

—Todo esto es muy extraño, señores —dijo el médico, receloso—. Habrá que avisar a la policía también...

—Es lo que vamos a hacer inmediatamente —asintió lan Campbell, yendo al teléfono—. Y Dios quiera que ellos lo entiendan mejor que nosotros, doctor.

Descolgó y comenzó a llamar a la centralilla. El médico le miró pensativo.

—Usted también tiene quemaduras, señor —dijo—. Sus manos, su rostro... ¿Puede decirme de una vez por todas qué extraño fenómeno ha producido aquí todo esto?

—Ya le dije que es una larga historia... —pidió ahora a la telefonista del hotel—: Por favor, póngame inmediatamente con la policía. Es muy importante, sí.

Esperó, mientras el médico se inclinaba sobre el herido de la cama para atenderle. Sus gruñidos revelaron que no le gustaba en absoluto el aspecto de su paciente. Pero trató de ayudarle por todos los medios a su alcance, si bien avisó con energía a Campbell:

—Por favor, llame también a una ambulancia. Hay que trasladarle a un hospital. Aquí no podemos hacer gran cosa.

Asintió lan mordiéndose el labio inferior. Sabía que si aquellas quemaduras no terminaban con el científico, otro de los «muertos vivos» lo haría, como ahora habían intentado, tras deshacerse de Maddox. La suerte de Talbot, por contra, seguía siendo una incógnita.

—Señorita, además de avisar a la policía, solicite una ambulancia de forma urgentísima —le dijo a la telefonista—. Que venga ahora mismo a este hotel.

Esperó. Al fin sonó una voz al otro extremo del hilo:

—Comisaría de policía de Ginebra. ¿Quién llama?

—Ian Campbell, periodista inglés de la Agencia de Noticias Alfa, de Londres, corresponsal en Ginebra —dijo escueto el joven—. Llamo desde el hotel Des Bergues. Es muy importante. Tienen que venir. Un hombre está muerto, otro ha desaparecido y un tercero está gravísimo. Quemaduras de máximo grado, de origen desconocido. Puedo revelarles algo al respecto, aunque no sé si me creerán. Es importante que hallen con vida al profesor Warren, de la Delegación Científica Norteamericana para que confirme mis declaraciones. Y eso parece ser cosa de minutos. Bien, aquí les esperaré.

Colgó con un suspiro. Miró al médico. Luego a Sybil.

—Un tal comisario Leduc va a venir inmediatamente —dijo—. Siga, doctor, se lo ruego. Es muy importante que conserve la vida del profesor Warren lo más posible...

El enfermo lanzó un largo gemido ronco. El médico se incorporó, quitándose un moderno estetoscopio de los oídos. Lo metió en su maletín con gesto triste y airado.

—Lo siento —dijo—. Ya no puedo hacer nada por él.

Ian se quedó sobrecogido. Sybil dejó escapar una queja dolorida. Ambos miraron al cuerpo semidesnudo tendido en el lecho. Estaba inmóvil. No respiraba.

—Muerto... —susurró Ian Campbell.

—Muerto, sí —asintió el médico—. Era imposible prolongarle más la vida. Ya le dije que estaba destrozado. No me explico qué pudo producir eso... ¿Tal vez algún experimento científico, señor?

—Sí, en cierto modo, fue eso —admitió Ian con una amarga sonrisa que apenas si era una mueca—. Ahora tenemos dos muertos. Y nadie que confirme nuestras palabras... La epidemia se extiende, es obvio.

—¿Epidemia? —arrugó el ceño el médico—. Esto no es ninguna epidemia. Ese hombre no estaba enfermo, sino abrasado.

—Yo me entiendo, doctor —murmuró tristemente Campbell. Cruzó su mirada con la de Sybil, y su pregunta fue tensa—: ¿Qué hacemos ahora?

—No lo sé. Seguir aquí es peligroso... —Muy peligroso —asintió él.

—¿Peligroso? —repitió el médico, perplejo—. ¿A qué se refieren ustedes? Ese hombre está muerto y dice usted que también el otro. Los muertos no hacen daño a nadie, señor.

—Las cosas no son ahora como han sido siempre, se lo aseguro —replicó duramente Ian encajando sus mandíbulas—. Será mejor permanecer vigilantes fuera de estas habitaciones, doctor. Es un buen consejo, créame.

—Está bien, pero pienso solicitar de la policía que ponga esto en

claro —miró al joven inglés, receloso, y preguntó—: ¿Qué habitación ocupa usted en este hotel?

Ian comprendió el motivo de la pregunta. Seguía en pijama y descalzo, desde que huyera de la clínica. Se evadió de una respuesta concreta, para no despertar más sospechas en el médico.

—En este mismo piso, doctor. No tiene nada que temer de mí, sino de otra clase de seres muy distintos, créame. Será mejor que salgamos de aquí.

—Vayamos a mi habitación —sugirió Sybil—. Es al final del corredor. Estaremos seguros allí, lejos de..., de los dos cadáveres.

—No les entiendo —el médico se encogió de hombros, ceñudo—. Yo voy abajo, a informar de todo esto a la gerencia.

—Haga lo que guste, doctor. Cualquier cosa, menos quedarse con esos dos cadáveres cerca de usted, créame —y apenas hubieron salido, Ian se cuidó de cerrar con llave, desde fuera, las habitaciones comunicantes entre sí de los tres cadáveres americanos.

Salieron, alejándose por el corredor. En la calle, ululó una ambulancia por un lado y la sirena del coche-patrulla por otro. El médico entró dignamente en un ascensor, y descendió, tras dirigir una mirada altiva y fría a los dos jóvenes, de cuyo comportamiento, evidentemente, tenía sospechas bien claras.

Una vez solos de nuevo, ambos se miraron con desaliento. Era como volver al principio, a la pesadilla de la Clínica Helvética. El horror se extendía como una mancha de aceite.

Yni siquiera sabían dónde iban a terminar.

—Estoy asustado, señorita Drake —jadeó el joven periodista.

—Por favor, no vuelvas a llamarme así, Campbell. Mi nombre es Sybil. Y creo que somos amigos, ¿no?

—Los mejores del mundo —rió sordamente él, asintiendo—. Sí, Sybil, creo que estamos más unidos que nadie en estos momentos. Sólo nosotros sabemos lo que sucede, sólo nosotros nos sentimos perseguidos, acosados.

Yposiblemente, ahora que el profesor Warren ha muerto, no nos creerá nadie.

—Lo estoy temiendo, sí. La verdad es que también yo me siento horrorizada, Ian.

—Sólo nos queda una esperanza: localizar al profesor Talbot.

—¿Y si está muerto... y camina por ahí como otro zombie de ésos? —gimió ella.

—Entonces, adiós esperanzas. Hasta que no vean lo que ocurre con sus propios ojos, ni ese médico, ni el comisario Leduc, ni persona alguna en esta ciudad o en cualquier otra se creerá una sola palabra de nuestra historia, ésa es la cruda realidad.

—¿Cree que los muertos escaparán de ahí?

—No lo sé. Depende de la fuerza física que posean para derribar puertas cerradas con doble vuelta de llave —suspiró él—. Hasta ahora sabemos que abrasan a los demás con un solo contacto. Yo lo sé mejor que nadie de cuantos podemos contarlo. Tal vez esa fuerza, energía o lo que sea, pueda abatir cualquier obstáculo, lo ignoro. Yo estoy dispuesto a creerlo todo, viniendo de esas malditas criaturas afectadas por..., por lo que Sea.

—Dios mío, y pensar que todo eso empezó porque ellos pensaban hacer algo beneficioso para la Ciencia y la Humanidad...

—Así ocurren a veces las cosas. No creo que fuese su culpa ni la de nadie. Algo se cruzó en su camino, alteró los planes... y ahora tenemos que enfrentarnos a algo totalmente distinto y terrible. Algo que no se puede controlar ni vencer. Algo que ni siquiera entendemos, pero que ha de tener una razón, una causa, un motivo, el que sea...

En ese momento, el teléfono sobresaltó a ambos, justo cuando entraban en la habitación de Sybil. Se miraron sorprendidos desde la puerta. Ella avanzó y descolgó.

—Sybil Drake —dijo—. ¿Quién es?

—¡Señorita Drake, Dios sea loado! ¡Al fin la encuentro...! —murmuró una voz ronca, al otro lado del hilo telefónico.

—¡Profesor Talbot! —ella reconoció la voz inmediatamente e hizo un gesto frenético a su acompañante—. ¿Dónde está ahora? ¡Le estamos buscando como locos un amigo y yo!

—No..., no debo decirle nada. Sería peligroso para mi vida. Está ocurriendo algo espantoso. Usted no podría entenderlo, pero...

—Desgraciadamente, creo que lo entiendo mejor de lo que imagina, profesor. Sé a lo que se refiere.

—No es posible.

—Ya lo creo que lo es. Sus colegas están muertos. Los dos...

—¡Dios mío! Warren y Maddox... Pobres amigos míos...

—Usted escapó. ¿Por qué?

—Vi a un ser alucinante. Venía a por nosotros, lo supe en seguida. Desde que se evaporó ese maldito vagón del profesor Warren, sabía lo que podía suceder...

—Está en lo cierto. Hay algo peor: los muertos resucitan, ¿entiende?

—¿Quiere decir que..., que ellos..., los abrasados..., vuelven a la vida luego? —jadeó la voz del científico.

—Eso es. Pero ya no parecen ser ellos mismos. Son como *zombies* o robots humanos que sólo buscan destruir, aniquilar. Parece moverles algo inexorable, una fuerza gigantesca, superior a ellos...

—Cielos, veo que sabe mucho más de cuanto imaginaba, señorita Drake... Sí, existe esa fuerza y..., y *sólo yo* sé cuál es...

—¿Qué? —abrió mucho sus ojos la joven secretaria—. ¿Qué usted

sabe lo que mueve todo ese horror, profesor Talboot?

—Desgraciadamente, así es. Lo *sé. Y ello… esa cosa…* sabe tal vez ahora mismo que yo…, que yo sé dónde está el maldito cerebro que mueve todo esto…

—Un cerebro… *Una cosa…* —Sybil sentía el frío del terror a lo desconocido aferrado a su corazón como una zarpa helada—. Dios mío, ¿a qué se refiere, profesor? Tiene que revelarnos eso. Estamos esperando a la policía, tenemos que persuadirles a todos de lo que está sucediendo. Un periodista inglés, amigo mío, está ayudándome en todo esto. El también fue víctima de esos monstruos… ¡Profesor, dígame lo que sucede exactamente!

—No puedo. No debo hablar, nos veremos pronto señorita Drake. Como le dije antes, no puedo revelarle nada. Me encontrarían. Esa mente diabólica que controla todo esto… puede localizarme, tal vez incluso me este escuchando ahora sin yo saberlo. Hasta pronto. Me pondré en contacto con usted en cuanto pueda, se lo aseguro.

—Profesor Talbot, por favor…

Clic. Sonó el golpe al otro extremo del hilo. El eminente cibernético había colgado sin esperar a más. A Sybil sólo le quedaba el recuerdo de su voz aterrorizada, de sus palabras inquietantes. ¿Qué era lo que sabía exactamente el sabio, qué había descubierto, en relación con el misterioso poder que manejaba todo aquello?

Alzó la cabeza hacia su compañero. Ian la contemplaba con expresión preocupada. Ella le refirió en pocas palabras lo que acababa dé comunicarle el profesor. El joven periodista meneó la cabeza, abatido.

—De modo que ha llegado a algo… —comentó—. Y no sabemos qué puede ser…

—Parecía muy asustado.

—Prueba evidente de que nos enfrentamos con algo espantoso. Aunque eso, en cierto modo, ya lo sabíamos nosotros… —hizo una pausa. Escuchó ruidos en el exterior y fue cauteloso hacia la puerta—. Parece que sube gente. Y no lo hace con demasiado sigilo. Debe ser la policía.

—¿Valdrá la pena hablar con ellos? —dudó la joven.

—Tenemos que hacerlo, pase lo que pase. Esto se va ya de nuestras manos, Sybil. No podemos callar y seguir huyendo en solitario, perseguidos por todos esos monstruos. Vamos allá.

Salieron de la habitación. En efecto, en el corredor había agentes de la policía suiza, enfermeros, unas camillas y empleados del hotel. Entre ellos, el propio doctor Hertzog, el médico del hotel.

Al volverse éste hacia ellos, tocó el brazo a un hombre vestido de paisano, con la figura ligeramente encorvada, andares pausados, rostro astuto y cabellos canosos, descuidados. Fumaba una pipa

gastada y llevaba las manos en los bolsillos.

—Son esos dos jóvenes, comisario —habló.

El aludido se volvió, contemplando a la joven pareja con j ojos inquisitivos. Cambió de lado la pipa en sus delgados labios y saludó con una inclinación de cabeza.

—Quisiera hablar con ustedes dos —dijo, apaciblemente.

—Sí, lo supongo —asintió Ian—. Nosotros también queremos decirles algo, señor. Vengan, se lo ruego. Los cadáveres están allí..., si es que todavía no se han puesto en pie por sus propios medios.

El comisario enarcó las cejas, sin decir nada, y siguió con expresión pensativa a ambos jóvenes, escoltado por los policías y por el médico del hotel, así como por los camilleros de la ambulancia.

5

Los cadáveres de los profesores Warren y Maddox seguían allí, tal como los dejaran. Ninguno mostraba señales de volver a la vida en forma alguna, y su quietud y aparente normalidad inquietaron a Ian Campbell. Hubiese preferido que la policía viera con sus propios ojos el fenómeno de su transformación en cadáveres vivientes, aunque ignoraba si sus armas hubiesen servido de algo para detener a los resucitados.

De ese modo, las cosas iban a resultar mucho más difíciles de exponer a la policía. Y mucho más problemático que les diesen el menor crédito.

Mientras los enfermeros tendían los cuerpos abrasados en las camillas, cubriéndolos con las sábanas antes de desaparecer con ellos camino de la ambulancia, el comisario de la policía de Ginebra se sentó en el brazo de un butacón, esperando las explicaciones de Ian y de Sybil.

Fue el joven el encargado de comenzar su relato, con su encuentro en plena calle con el difunto presidente Vaughn,

58

59sus quemaduras al tocarle, y los posteriores sucesos en la Clínica Helvética, en compañía de Sybil Drake.

A medida que avanzaba el relato, la expresión del doctor Hertzog y del comisario Leduc iba haciéndose más y más perpleja, a la vez que, inevitablemente, bastante más escéptica e incrédula.

Lo cierto es que ninguno de ellos parecía creer una sola palabra de tan fantástico relato. Y en dos o tres ocasiones, ambos hombres cambiaron una mirada significativa entre sí, aunque no hicieran el menor comentario.

Terminó Ian su relato con la llamada angustiosa del profesor Talbot, el cibernético desaparecido, que Sybil refirió con todo detalle.

Al término de toda la historia, un profundo silencio reinó en la estancia.

El doctor Hertzog miraba al exterior a través del ventanal del cuarto del hotel que ocupara hasta morir el doctor Warren. El comisario se irguió, dando unos paseos en silencio por la sala.

Finalmente, se detuvo, clavó en ellos su mirada fría y pensativa, y preguntó escuetamente, con voz reposada y nada brusca:

—¿Ustedes esperan que yo crea nada de eso?

—No —fue la respuesta de Ian.

—¿Entonces…?

—Teníamos que contarle la pura verdad, por increíble que parezca. Y lo hemos hecho, comisario. A sabiendas de que nadie puede creer ni una palabra.

—Al menos, en eso sí es sincero.

—Y en lo demás, comisario, créalo o no.

—Ya —paseó de nuevo, callado y pensativo.

El doctor Hertzog estalló, casi airadamente:

—¿Es que va a dudar, comisario? —gruñó—. ¿Puede usted ni siquiera admitir remotamente una sarta de tonterías así?

—Doctor Hertzog, ¿por qué piensa usted que ellos mienten? —le preguntó con toda calma el comisario Leduc, alzando los ojos hacia él de un modo inesperado.

—Bueno, porque… —el médico del hotel pestañeó y tuvo dificultades en encontrar palabras adecuadas para responder—. Porque una cosa así *no puede ocurrir*, sencillamente. Carece de toda lógica.

—En eso estamos de acuerdo. Pero ¿por qué mentir, por qué inventarse un delirio semejante, doctor?

—No puedo saberlo, comisario. Lo cierto es que mienten. Las razones, las ignoro. El es un periodista, creo. Buscará sensacionalismo, publicidad y todo eso…

—¿Y ella? —indicó el policía—. La señorita Drake es secretaria de científicos serios e importantes de Estados Unidos, dos de los cuales están muertos y un tercero desaparecido. Eso no encaja en un afán de publicidad.

—Tal vez sus jefes realizaron en realidad un experimento que les causó la muerte y ella pretende ayudarles para evitar responsabilidades sobre su país, o cosa parecida —argumentó el médico—. Lo cierto es que usted, comisario, es quien debe exponer teorías, no yo. Personalmente, me limito a no creer una sola palabra de esa historia.

—Bien. Sabemos que desapareció un vagón de material científico del apartadero ferroviario de Ginebra, propiedad de los profesores Warren, Maddox y Talbot. Eso me consta, porque hay una denuncia

sobre ello.

—Es el vagón de que nos habló Warren antes de morir —musitó ella—. Al parecer contenía cadáveres tratados con un procedimiento bio-electrónico, capaz de dotarles de una nueva existencia diferente a la anterior, tras haber actuado sobre su conducta. Pero hay algo que se ha interpuesto en su experiencia, alterándolo todo. Es lo que le contó Campbell, comisario.

—Lo recuerdo muy bien —fue al teléfono resueltamente, lo descolgó y pidió a la telefonista—. Por favor, el número de la Clínica Helvética. Es urgente.

Esperó, tabaleando sobre la mesa, impaciente. El doctor estaba ceñudo, como si le molestaran todas aquellas estupideces por parte del policía. Ian y Sybil, con sus manos cogidas apretadas fuertemente, esperaban los resultados de la decisión del comisario.

Este, tras una pausa, asintió.

—Sí, señorita, por favor, comuníqueme con ese número usted misma —dijo—. Yo espero.

La espera se hizo aún más tensa. El policía cambió una mirada con ellos dos e incluso apuntó un asomo de sonrisa en sus labios, apretando la pipa. Luego, el tiempo fue transcurriendo.

El comisario exhaló un suspiro. Lentamente, colgó. Miró a Ian y a Sybil. Luego, al doctor Hertzog.

—No contestan —dijo—. La centralita de la clínica no responde, aunque la llamada suena insistentemente. Extraño, ¿no? Todas las clínicas tienen un servicio permanente de centralita telefónica. Es elemental, por cuestiones de urgencia médica.

—Eso no prueba nada, comisario. Pueden haberse ausentado momentáneamente de dicha centralita, puede haber una avería...

—Es posible. Lo comprobaremos —se volvió hacia sus dos agentes—. Tomen un coche-patrulla y vayan a la Clínica Helvética. Adopten precauciones. Díganme en seguida lo que ocurre allí.

Salieron los dos agentes suizos con rapidez. Sybil y el periodista se mostraban ligeramente esperanzados. Era más de lo que podían haber esperado.

—Están los cuerpos de los profesores Warren y Maddox —avisó ella—. Si vuelven a la vida en la ambulancia o en el hospital... serán dos cadáveres convertidos en monstruosos enemigos para quien hallen en su camino. Y eso puede ocurrir en cualquier momento. Si no ha ocurrido antes, tal vez sea porque el que maneja los hilos de esta trama no lo consideró prudente, comisario...

—Llamaré al hospital dentro de unos momentos, por si ha ocurrido algo —aseveró el policía, gravemente—. No teman nada. Tenemos que comprobarlo todo.

—Creo que está dejándose convencer por una sarta de absurdos

—dijo el médico, con tono irritado.

—Quizá —se encogió de hombros—. Pero mi obligación es estar seguro de todo. Luego podremos resolver con más facilidad, doctor. Su dictamen de las quemaduras observadas en el profesor Warren, ¿cuál es, exactamente?

—Ya se lo dije. Quemaduras profundas, de carácter gravísimo. Producidas por algo que no puedo concretar, pero que pudo ser un ácido o una energía determinada. Para responder a sus preguntas, haría falta una autopsia.

—Se hará..., si los muertos se dejan —respondió apaciblemente el comisario Leduc, con un tono irónico en sus palabras. Luego, miró a Sybil e inquirió—: ¿No tiene ninguna idea de dónde puede haberse ocultado el profesor Talbot?

—No, ninguna.

—Lástima. El podría sernos muy útil en todo esto...

Miró su reloj. Pensativo, fue al teléfono. Pidió línea y marcó un número. Esperó. Luego habló por el aparato con rapidez:

—¿Hospital General? Habla Leduc, comisaría de policía. ¿Alguna novedad sobre la ambulancia que llevó los dos cadáveres al depósito? —Enarcó las cejas—. ¿Cómo? ¿Qué ambulancia, pregunta usted? La que enviaron al hotel Des Bergues, para retirar los cuerpos de dos científicos americanos... No es posible. Tiene que haber llegado ya... Sí, llame aquí en cuanto eso ocurra. Sin falta.

Colgó, algo agitado. Cambió una mirada ceñuda con los dos jóvenes y volvió a dar sus paseos, pendiente de la llamada telefónica. Esta no se producía. Aclaró con voz seca:

■—Dicen que la ambulancia no ha llegado —miró de nuevo el reloj—. Esperaré sólo cinco minutos. Luego solicitaré datos a la Jefatura de Tráfico, por si pasó algo. La distancia desde aquí al hospital es muy corta...

Pasaron los cinco minutos. Descolgó pidiendo línea nuevamente y marcando un número con energía. Habló con rapidez y énfasis. Luego esperó.

—Van a mirar si ocurrió algo —dijo, mordiendo la boquilla de su pipa. Poco más tarde, hablaba otra vez—. ¿Sí? ¿Está seguro? ¿Dónde fue? Ya, ya... Bien, voy en seguida para allá. Gracias, inspector.

Colgó. Estaba demudado. Avanzó unos pasos hacia la puerta.

—Vengan conmigo —dijo secamente—. Usted, Campbell, póngase algo de ropa antes. Vamos a ir a la rué de Lausanne. Allí está la ambulancia. Al parecer ocurrió algo...

Se miraron Sybil y Campbell, sin decir nada. El joven tomó una chaqueta y una camisa del armario de Warren, así como pantalones y cateado, y se los puso. No le quedaban exactamente a medida, pero podían pasar. Warren había sido también alto y esbelto, como él

mismo, aunque no tan atlético.

Salieron disparados hacia la calle. Un coche patrulla, con la sirena ululando, les llevó hasta la rué de Lausanne. El doctor Hertzog les acompañaba, tan intrigado y tan lleno de sorpresa como el propio comisario.

La ambulancia apareció en las proximidades del Jardín Botánico. Estaba volcada en un lado de la calle, inclinada sobre un muro. No había nadie en ella. Ni conductor, ni enfermeros. Ni cadáveres, por supuesto.

Warren y Maddox habían desparecido de las camillas, junto con todo el personal sanitario. Las puertas posteriores aparecían abiertas. Al lado, un coche con el faro intermitente girando sobre su capota, permanecía montando guardia, y tres agentes de tráfico rodeaban al vehículo, tomando apuntes.

Saltaron a tierra los ocupantes del nuevo coche policial, con el comisario a la cabeza, que fue saludado respetuosamente por los agentes uniformados. Le refirieron con rapidez que la ambulancia había sido hallada así por ellos, sin que nadie hubiera sido testigo, al parecer, de lo que sucedió en ella al volcar sobre el muro. Dentro, no había señales de violencia por parte alguna.

El comisario regresó junto a Sybil y a Campbell, con la frente cubierta de arrugas de preocupación. Miró al doctor Hertzog y comentó, sarcástico:

—Bien, doctor. Espero que encuentre usted una explicación lógica de lo que ha sucedido...

El médico del hotel se mordió los labios, sin decir nada.

Parecía totalmente desorientado por el curso de los acontecimientos de aquella noche.

—Yo creo que puedo explicarlo —dijo Ian gravemente—-. Ellos volvieron a su segunda y horrible forma de vida. Los profesores Warren y Maddox, quiero decir. Atacaron a los enfermeros, matándoles por medio de esa energía abrasadora. El conductor observó algo o fue atacado por al ventanilla de comunicación con la cabina, y volcó, siendo víctima también de ellos. Luego, con rapidez, debieron de resucitar a su vez, y todos ellos se alejaron de aquí, desapareciendo. Pero están en alguna parte, reuniéndose tal vez con la restante legión de monstruos... o dispersándose para extender su horrible plaga por doquier, de modo continuado.

—Es una idea espantosa —comentó el comisario, caminando hacia su coche—. Vamos, señores. Pasaremos ahora por la Clínica Helvética, para reunimos con mis hombres. Quiero saber cómo están allí las cosas, antes de dar un informe definitivo...

La idea no era grata para la joven pareja que huyera de allí a la desesperada esa misma noche, pero al menos ahora llevaban la

alentadora compañía del comisario y sus agentes.

El coche policial no tardó en llegar ante la verja de la clínica. Las luces de todas sus ventanas contrastaban con el absoluto silencio que parecía reinar en el edificio.

El comisario extrajo de su bolsillo un revólver e indicó a sus hombres que hicieran lo propio. Luego, avanzaron hacia el edificio, en cuyo interior se veía aparcado el coche-patrulla de sus agentes.

Llegaron junto al vehículo. No había nadie dentro. El radioteléfono emitía un mensaje inútilmente. Nadie lo recibía en aquellos momentos.

—No me gusta esto —gruñó el policía con tono preocupado—. ¿Dónde están los agentes que debían de estar aquí?

Llegaron a la puerta de la clínica. Sybil se estremeció, pegándose a Ian instintivamente, cuando éste comentó al policía con voz tensa:

—Tengan cuidado. Puede ser un nido de cadáveres vivientes. Y dudo que el revólver resuelva nada…

—Tenemos que ver lo que hay ahí dentro —silabeó el policía—. Puede ser la confirmación definitiva de sus palabras, señor Campbell. Y una revelación para nosotros…

—O la muerte para todos —musitó Sybil.

El comisario no dijo nada. Había llegado a la puerta vidriera. La empujó lenta, cautelosamente con el revólver por delante. Echó una ojeada al vestíbulo.

—Nadie —dijo—. La centralita está abandonada. Se ven parpadear las luces de llamadas del exterior. Nadie les responde.

—La telefonista era uno de «ellos» la última vez que la vimos —señaló Sybil.

El policía asintió con la cabeza, escudriñando todo el recinto desierto. Avanzó, escoltado por sus policías y por los propios acompañantes. El doctor Hertzog era el último, y sus ojos se iban fijando en todos los detalles.

—No tiene sentido que una clínica permanezca abandonada de este modo —comentó de pronto—. Tiene fama de ser la mejor atendida de todo Ginebra…

Nadie se dignó responderle. El grupo se extendía por el vestíbulo. Un policía se dirigió al corredor de quirófanos. Otro, se aproximó a la puerta que conducía al servicio de médicos de guardia, tal como rezaba un rótulo. Asomó allí, con su arma a punto.

Regresaron ambos en el acto. Parecían llenos de aprensión.

—Nadie —dijo uno.

—Nadie —corroboró el otro.

El silencio se podía cortar. El comisario tragó saliva. Tomó una decisión que parecía preocuparle.

—Vamos arriba —dijo.

—¿Será prudente? —apuntó Ian Campbell, tenso.

—No lo sé. Pero es necesario. No sólo había médicos y enfermas aquí, sino también pacientes. Elegiremos la planta segunda. Es de traumatología. Los pacientes de esa especialidad rara vez pueden abandonar su lecho o su habitación, en buena lógica. Además, señores, ocurra lo que ocurra.

—Si somos atacados y aniquilados, ¿quién avisará al resto de la ciudad, del país… o del mundo, comisario? —sugirió gravemente Ian.

El comisario Leduc pareció sopesar ese punto. El caso, evidentemente, era demasiado trascendente y grave para un simple policía, un funcionario habituado a cuestiones infinitamente más rutinarias.

—Tiene razón —admitió—. Se volvió a dos de sus hombres—. Ustedes salgan fuera. No entren aquí, oigan lo que oigan. Si ven algo raro, disparen al aire primero. Y tiren a dar después. Pero por el amor de Dios, ¡disparen en todo caso! Acudiremos en seguida, ¿está claro?

—Sí, comisario.

—Y si nosotros no volvemos, si algo sucede aquí dentro, ya saben lo que ha habido antes. Les crean o no, corran a la comisaría, a la alcaldía de Ginebra, adonde sea, e informen urgentemente de todo.

Los policías asintieron, impresionados por el aire alucinante de aquella situación y se quedaron en el jardín, revólver en mano, con los faros del coche encendidos y proyectados sobre la fachada de la clínica. Los demás, subieron a la segunda planta del recinto sanitario.

No encontraron nada ni a nadie, ni un solo viviente. Ni médicos, ni enfermeras… ni pacientes. Había muletas y escayolas por el suelo, e incluso una silla de ruedas abandonada en el corredor.

—Se fueron —dijo Hertzog, el médico del hotel—. Todos…

Examinó las radiografías de algunos pacientes, en sus respectivas habitaciones. Meneó la cabeza, perplejo, y el comisario hizo una pausa:

—¿Podían valerse todos por sí mismos?

—Imposible —rechazó el médico—. Había fracturas, piernas rotas e incluso dos casos de parálisis parcial de ambas piernas. No pudieron irse por su pie.

—En esta vida, no —suspiró Ian, sombrío—. Pero ¿quién sabe lo que sucede con sus cerebros al resucitar? Entonces son otros… y es posible que sus miembros inutilizados puedan ser útiles…

El médico, sobrecogido, esta vez ni acertó a discutir el discurso clínico del periodista. Lo que estaba viviendo, empezaba a horrorizarle, era evidente.

—Bien, volvamos abajo —masculló el comisario gravemente—. Ellos se fueron de aquí. Es evidente que no quieren ser vistos por nadie. Pero a veces, un silencio, un vacío, resulta más elocuente que

cualquier cosa.

Yemprendió la marcha, seguido por todos los demás, de regreso al exterior.

Estaban dentro de la cabina descendente del ascensor, cuando en el jardín sonaron, estruendosos, varios disparos de revólver.

—¡Son ellos, mis agentes! —aulló el comisario Leduc, palideciendo—. ¡Algo sucede en el jardín, maldita sea!

Yel descenso del ascensor a la planta baja nunca resultó tan lento como en aquellos instantes cargados de dramatismo.

* * *

Apenas abierta la cabina en la planta baja, salieron disparados todos sus ocupantes, con la angustia reflejada en sus rostros.

Alcanzaron la puerta de la clínica y el comisario tiró violentamente de ella, saliendo al exterior, dispuesto a todo, revólver en mano. A su lado, pese a no ir armado, iba Ian Campbell, tirando de la mano de Sybil Drake.

Se encontraron ante el coche y sus encendidos faros que agrandaban las siluetas en el muro de forma grotesca incluso. Los dos agentes de uniforme seguían disparando sus armas contra «algo». Y su expresión era realmente aterrada.

Los ojos del comisario y sus acompañantes se clavaron en el punto de destino de esos frenéticos disparos que hacían los policías con toda rapidez.

—¡Ahí! —gritó Ian Campbell con voz ronca—. ¡Ahí tienen a uno de «ellos»!

Hertzog, el médico del hotel, lanzó una imprecación sorda, ininteligible, que revelaba su estupor e incredulidad. El comisario, dominando su horror, se enfrentaba, al fin, a una evidencia, una prueba contundente de que todo cuanto él dijera era verdad.

El cadáver viviente estaba allí. Erguido ante los policías. Cosido a balazos por sus armas. Pero no por ello se detenía. No por ello paraba su marcha mecánica e inexorable sobre los agentes.

—Dios mío... —jadeó el policía, alzando su arma también. Es horrible...

Y apretó el gatillo sin vacilar, uniendo sus disparos a los de sus hombres.

El cuerpo cubierto de llagas y ampollas, se agitaba con sacudidas bruscas, a cada impacto de bala en su torso, pero no caía. Sus pasos, inexorablemente, le conducían hacia los agentes, y el rostro abrasado carecía de expresión.

—¡Los ojos! —avisó Campbell—. ¡Prueben a herir sus ojos! ¡Si

toca a alguno de ustedes, están perdidos! ¡Les convertirá en cuerpos quemados y sin vida!

Los policías retrocedían a cada paso que aproximaba hacia ellos al inquietante ser. El comisario oyó las palabras del joven periodista, y apuntó hacia el rostro llagado del monstruo. Apretó dos veces el gatillo.

Dos balas alcanzaron sistemáticamente los ojos enrojecidos de la criatura. De sus orificios brotó sangre negruzca y espesa, mezclada con la córnea y los globos reventados. Osciló, agitando sus brazos patéticamente, como un monstruo torpe y grotesco, de película de horror. Trompicando, fue a derrumbarse sobre el césped del jardín. En su caída, golpeó un arbusto, y éste ennegreció en el acto, como si un voraz incendio le hubiese alcanzado.

Allí se quedó inmóvil el muerto viviente. El comisario lanzó un resoplido. Los dos agentes bajaron sus armas, tratando de ver si había algún ser semejante en los alrededores.

—Parece que usted tuvo razón, Campbell —dijo con un resoplido el comisario-—. Ese monstruo es vulnerable sólo en sus ojos... ¿Cómo lo imaginó?

—No era difícil. Algo le mueve, le maneja, le controla. Un poder, una fuerza, lo que sea. Pero evidentemente, sus ojos siguen siendo el guía fundamental. Ven a través de ellos, aunque accionado por una fuerza ajena. Supuse que se cegaría, cuando menos. Pero veo que ha caído, tal vez muerto de un modo definitivo esta vez.

—Además de herir sus ojos, mis balas han debido dañar su cerebro de modo irreversible, Campbell —señaló el policía—. ¿Puede tener eso alguna influencia?

—Lo dudo —terció Sybil Drake, ahora—. Al morir, un cerebro se daña irreversiblemente, en buena lógica. Con mayor motivo cuando se sufren quemaduras tan horribles. Pero es posible que algo quede vivo en ese cerebro, después de todo. Algo que aprovecha esa fuerza para manipularle a su antojo. Y al ser dañado ese último punto vital, quizá sea por lo que ha caído, definitivamente aniquilado. Tendremos que esperar a ver si vuelve a cobrar vida o no...

Hubo un profundo silencio en el jardín de la clínica. Los policías registraron la zona, por si aparecía algún otro cadáver por allí. No encontraron nada. El caído fue rodeado por todos los demás. El comisario arrancó una rama de un seto y la arrojó sobre el cuerpo inerte. No ocurrió nada.

—Ya no tiene energía para abrasar —señaló. Y se aventuró a tocarlo con el pie con igual resultado negativo.

—Su energía mortal le ha abandonado —suspiró Campbell, asintiendo—. Es posible que, después de todo, hayamos cobrado la primera pieza de esta horrenda cacería, comisario. Ahora ya tiene la

prueba que buscaba.

—En efecto —asintió el policía, frotándose el mentón. Miró al periodista—. Pero ya estaba seguro mucho antes de que ustedes no mentían. Es puro instinto, pero nunca les creí locos.

—Gracias por tener fe en nosotros. Esto puede ser de mucha ayuda para salvarnos de una plaga aterradora. Aunque de todos modos, lo fundamental es hallar el origen de todo esto, la causa de lo sucedido, la fuerza que mueve a esos cadáveres...

—Intentaremos hallarla. Si pudiéramos dar con el profesor Talbot... —el comisario estudiaba pensativo al caído. Lo señaló, añadiendo—: Vea, es un paciente de la clínica. Y se ven fracturas en su pierna derecha. Clínicamente este hombre no podía andar, no podía moverse... Pero se movía. No hay duda de que la energía que los mueve puede accionar igual a un inválido que a un ser normal. ¿Qué clase de fenómeno será en realidad?

Pero esa pregunta, por el momento, no tenía respuesta posible.

Momentos más tarde, los coches-patrulla regresaban al centro de la ciudad y el comisario iba dando órdenes por radioteléfono a todas las unidades de Ginebra, para el control de la ciudad. La búsqueda de cadáveres vivientes había comenzado.

Ian permanecía en silencio. Sybil apretó su mano con calor, preguntándole en voz baja:

—Creí que estaría más satisfecho de la marcha de los acontecimientos ahora. ¿Le preocupa algo?

—Sí. Me preocupa que ese aislado cadáver atacase a los policías —comentó.

—¿Por qué?

—Hasta ahora, esa fuerza, esa mente o lo que sea, ha actuado con mucha astucia, para no descubrir su juego, para ser ignorada por todos. En cambio, un muerto viviente se quedó en la clínica y atacó a la policía, ofreciendo la prueba que queríamos. ¿Por qué lo haría?

—Tal vez ese paciente aislado quedó atrás e intentaba salir de aquí cuando fue sorprendido... Eso lo explicaría todo...

—No, todo no. Intentó atacar a los policías. De haber permanecido oculto, no hubiéramos dado con él, y aún seguirían existiendo dudas en torno a nuestra historia, en vez de existir ya una evidencia...

—¿Por qué le preocupa tanto eso? Lo importante es que tuvimos la evidencia, ¿no es cierto?

—Sí. Pero aun así, no logro ver claro... Hay algo que se me escapa, no sé lo que ello sea... Algo no encaja, no debería ocurrir como ha ocurrido..., a pesar de que en el fondo, haya sido beneficioso para todos. Mañana, toda Suiza, toda Europa quizá, sabrá lo que está sucediendo, y comenzará la batalla para vencer a los cadáveres

movidos por una fuerza superior. Pero eso no me hará olvidar que uno de esos cadáveres no actuó como tenía que actuar.

El coche llegó al hotel. El comisario se despidió de ellos en la acera, estrechando calurosamente su mano. La madrugada estaba muy avanzada ya, y el frío era intenso en la ciudad suiza.

—Traten de dormir un poco —pidió el policía afablemente—. Ya han tenido suficiente por esta noche. Ahora es asunto nuestro. Dentro de una hora tengo una entrevista de urgencia con el alcalde de la ciudad, y una conferencia telefónica con el Gobierno suizo. Luego veremos lo que se hace, aunque habrá que avisar a las Naciones Unidas, a los gobiernos europeos y a todos los demás, por si el peligro se extiende inesperadamente. Sólo nos falta saber lo que estamos combatiendo exactamente.

Se alejó con el coche, seguido de sus hombres. Aun así, dos policías paseaban arriba y abajo ante la puerta del hotel, con su arma reglamentaria al cinto, y Campbell supuso que era una especie de escolta para su propia seguridad personal.

Preguntó Sybil si había habido alguna llamada telefónica para ellos, y el conserje afirmó, asegurando que el profesor Talbot había querido hablar con ella urgentemente. Pero al no localizarla, dejó un simple recado para Sybil Drake.

El conserje le entregó el mensaje, que había escrito en una tarjeta del hotel, depositándola en su casillero. La joven leyó aquellas breves palabras, pasándoselo luego a Ian Campbell.

—¿Qué opina de esto? —quiso saber ella.

El joven suspiró, leyendo en voz alta el texto del mensaje telefónico:

«Voy a hacer un esfuerzo desesperado. Si resulta, puede que les ayude. Dios lo quiera. Adiós... o hasta pronto.»

—Es bastante enigmático, ¿no? —sugirió Sybil.

—Sí —los ojos de Ian brillaron repentinamente. Golpeó la cartulina—, Pero eso me da una clave.

—Una clave... ¿para qué? —se extrañó ella.

—¿Recuerda lo que le dije antes? Esa presencia del cadáver en el jardín de la clínica... ¡Ahora tiene sentido!

—¿A qué se refiere?

—Ese texto. Está bien claro. Mire lo que dice el profesor Talbot: «Voy a hacer un intento desesperado. Si resulta, puede que les ayude.» ¿No lo ve con claridad? El lo hizo.

—¿El? —pestañeó Sybil—. ¿Se refiere a que el profesor *obligó* a aquel cadáver a hacer lo que hizo?

—Exacto. De alguna forma, ha interceptado la energía o la fuerza que mueve a esos cadáveres. Como gran cibernético que es, ha debido obtener un impulso electrónico que, emitido a distancia, altera la onda

energética de la mente que controle todo esto. Y alteró así también la conducta del *zombie*, obligándole a salir de su escondrijo y revelarse ante los demás.

—Eso empieza a tener sentido… —admitió Sybil, excitada.

—Lo tiene. Más aún: creo que esto nos da una clave para imaginar *dónde* está escondido en estos momentos el profesor Talbot.

—¿Está seguro de eso?

—Por completo. Piense un poco. Un lugar donde él disponga de material adecuado, donde pueda crear una onda electrónica lo bastante fuerte como para interceptar las «órdenes» impresas en las mentes controladas de esos pobres muertos…

—¡Una computadora poderosa! ¡Material electrónico! —los ojos de ella centellearon. Se llevó una mano a la boca—. Dios mío, ya entiendo. Usted se refiere a…

—Al Palacio de las Naciones, donde ustedes instalaron su material para la Convención Internacional de ciencia —afirmó rotundo el joven—. A eso me refiero…

—¿Y a qué estamos esperando? —jadeó la muchacha.

—Eso digo yo —sonrió él, gravemente.

Y de común acuerdo, pese a su fatiga física y mental, pese a las agotadoras horas vividas aquella noche, ambos jóvenes se lanzaron nuevamente fuera del hotel, dirigiéndose sin pérdida de tiempo al Palacio de las Naciones.

6

El novísimo edificio del nuevo y flamante Palacio de las Naciones era un gran cubo de vidrio, plástico y metal aluminizado, bajo las luces de la madrugada, que centelleaban en su bruñida superficie.

La esbelta forma metálica del *Galaxia 22*, como símbolo del poder científico del Hombre, allá en medio de los jardines, brillaba como si fuera de plata, apuntando con su aguda extremidad hacia los cielos que poco antes atravesara, en dirección a Plutón y de regreso a la Tierra.

De allí se había traído extrañas piedras, muestras sorprendentes de la Ciencia, y datos sobre la frígida temperatura del mundo donde cada fecha tenía una duración de más de seis días terrestres, y cuya distancia remotísima del sol, casi alcanzaba los seis mil millones de kilómetros…

Ahora, Plutón era sólo un recuerdo para la hermosa nave norteamericana, traída desde Estados Unidos para esta efemérides científica, y su fuselaje era más bien objeto de museo que pieza de la conquista del espacio.

Pasaron junto a aquella esbelta y plateada mole vertical,

orgullosa como un obelisco, y se hallaron ante las grandes puertas de vidrio del recinto internacional, totalmente cerrado a estas horas avanzadas de la madrugada.

—¿Y ahora qué? —indagó Sybil.

—Hemos sorteado demasiados obstáculos para que unas simples puertas cerradas nos impidan ahora seguir adelante ■—apuntó Ian, mirando en torno para no ser sorprendidos por alguna patrulla de vigilancia en el recinto.

—Pero romper una de esas puertas significaría provocar la alarma inmediata...

—No se me ha ocurrido semejante idea —sonrió él—. Creo que hay mejores sistemas de entrar ahí sin provocar escándalo. Venga conmigo, Sybil.

La tomó nuevamente de la mano, llevándola consigo y dando la vuelta al edificio por su zona ajardinada posterior. Tras una búsqueda paciente, dio con lo que buscaba. Uno de los conductores de renovación de aire hacia el interior. Una tapa metálica, atornillada, cerraba el acceso.

Ian buscó en las cercanías, hasta dar con una serie de objetos y útiles de jardinería. Alzó unas podadoras afiladas y no muy grandes, y explicó, regresando al conducto del aire.

—Esto servirá de destornillador, con un poco de habilidad por mi parte.

Demostró ser hábil y rápido, como hombre de recursos que era un reportero de su clase. La afilada hoja de la podadora, diestramente utilizada sobre los vástagos, logró extraer uno a uno los tornillos de la tapa. Un conducto cilíndrico de cosa de un metro de diámetro, apareció ante ellos, como angosto sendero. ! —Hay que abrirse paso por ahí —dijo, tomando las podadoras—. Cuando hallemos otras tapas, podemos pasar al exterior, a las estancias del Palacio de las Naciones, abandonando este incómodo camino.

Ella asintió. Momentos más tarde, ambos se deslizaban hacia el interior, y recorrían cosa de cien metros antes de hallar una tapa, que él descubrió con igual pericia, extrayendo sus tornillos. Respiraron con alivio, cuando pudieron desperezar sus cuerpos en el exterior, ya dentro del recinto destinado a lugar de reunión de la ciencia mundial.

—¿Dónde está el pabellón de electrónica de la Delegación americana? —quiso saber Ian en voz baja.

—Sígame —invitó ella—. Ahora soy yo quien conoce el camino...

Le guió hasta unas amplias escaleras. Eludían los ascensores para no hacer ruido. Después de todo, existía un servicio interior de vigilancia que no querían poner en estado de alerta. Aquella maniobra debía de ser secreta. No por ellos, sino por la seguridad personal del profesor Talbot, su única gran esperanza de enfrentarse con garantías

de éxito al peligro desconocido.

Alcanzaron la tercera planta del edificio, sumida totalmente en sombras. Una puerta cerrada, al fondo, era el acceso a la zona de electrónica del profesor Elmer Talbot. Un rótulo advertía la prohibición total de entrar allí toda persona ajena al mismo.

—Mire —susurró Ian—. Hay una rendija de luz bajo la puerta.

Asintió ella. El corazón le palpitó con fuerza. Sus teorías se confirmaban. El profesor Talbot debía de ocultarse allí. Y desde allí luchaba contra..., contra lo que fuese.

Llegaron a la puerta. Sybil probó el pomo. La hoja metálica cedió suavemente. —Entremos —musitó Ian junto a su oído—. No vacile, Sybil. Ya no podemos volvernos atrás. El entenderá...

Asintió ella. Siguió empujando, hasta abrir lo suficiente. Ambos entraron con rapidez, cerrando luego tras de sí. Buscaron con la mirada. Allá, al fondo, un gran panel centelleaba, con un cambio constante de luces y colores. Pero la gran computadora aparecía silenciosa.

Avanzaron lentamente, por entre los complejos sistemas cibernéticos allí montados. Había programadores, lectores, pantallas fluorescentes, bancos de memoria y cuanto era preciso para una máquina poderosa y compleja.

Luego, descubrieron al profesor Talbot. Sybil fue la primera en verle. Lanzó un grito ronco y corrió hacia el pie del panel iluminado, donde había descubierto al científico.

—¡Profesor! —jadeó—. ¿Qué le ocurre?

El profesor Talbot yacía de bruces sobre todos los complicados aparatos electrónicos, tendido sobre la moqueta azul brillante. Se inclinó, volviéndole boca arriba. Lanzó un grito ronco. Ian llegó a su lado y la aferró por el hombro.

—Está muerto —dijo gravemente el periodista.

—Dios mío... —ella se cubrió el rostro con las manos—. Muerto... El también...

—Ha muerto hace poco —señaló Campbell, ceñudo, tocando su piel—. No está abrasado. Ha sido una muerte súbita...

Miró en torno. El profesor yacía junto al tablero de mandos de la gran computadora que él creara. Las luces, centelleando en el panel, daban una luz cambiante y multicolor al cadáver. Ian reflexionaba con gesto grave.

—Ha debido ser esa maldita «cosa»... —gimió ella—. Le mató también a él... Y tal vez de un momento a otro se convierta en un monstruo como los demás...

—No —negó Ian—. No creo que ocurra eso esta vez. Talbot adoptó sus precauciones para evitarlo...

—¿Qué..., qué quiere decir? —jadeó ella, ahogándose.

—Mire; hay unos electrodos aplicados a su cuello y la nuca. Creo que él mismo puso fin a su vida. Y estableció un circuito electrónico en su cerebro, que impide pasar las radiaciones capaces de hacerlo «resucitar» convertido en uno de «ellos». Es sólo una suposición, pero creo que estoy en lo cierto…

—Matarse él… ¿Por qué?

—Porque pensó que era mejor eso que morir atacado por sus enemigos. Ello quiere decir que descubrió la naturaleza de su adversario. Y que sólo podía vencer estando muerto.

—Usted lo ha dicho. Sólo es una suposición, Ian. ¿Cómo sabremos alguna vez la verdad? Esa verdad que él llevó consigo a su tumba.

—Espere —miró en derredor, profundamente pensativo—. El no dejó nada escrito. Ni creo que hiciera falta. Para algo hay estas máquinas aquí. El manejaba esto mejor que ninguna otra cosa en el mundo…

—Pero ¿cómo saber si dejó algo registrado en la computadora? Habría que conocer la clave para saber dónde está grabado un posible mensaje…

—Vea dónde cayó muerto. Delante de los mandos. Debió cerrarlos antes de caer sin vida. Es una forma de darnos su mensaje. Ahora, el resto depende de nosotros. ¿Qué clave se le ocurriría a usted?

—No sé… Pudo poner su nombre, el de otro colega, unas cifras…

—¿Y por qué no el suyo, Sybil? El de usted misma…

—¿Mi nombre? —se estremeció ella—. ¿Por qué el mío?

—Es la última persona a quien llamó, recuerde. Su mensaje decía: «Adiós… o hasta pronto.» Eso puede significar algo. Esperaba verla a usted aquí. Y ya no en vida, porque llamó sin duda antes de quitarse la vida por medio de ese ingenio electrónico aplicado a su cerebro. Pruebe, Sybil. ¿Cree que puede manipular esto?

—Lo intentaré —asintió ella, pulsando el teclado suavemente—. Veamos…

El zumbido de la máquina se hizo audible en todo el pabellón. Los tambores de grabaciones comenzaron a girar, las pantallas se iluminaron, los tabuladores electrónicos se accionaron, y una serie de cifras intermitentes comenzaron a surgir en los sistemas de lectura.

Sybil pulsó las letras de su nombre, una a una, sobre las teclas del tablero.

Cuando la palabra «Sybil» estuvo compuesta, hubo un chasquido. Y se encendió una pantalla ante ellos, en luz verde, fluorescente.

—¡Lo logramos! —susurró Ian con voz excitada—. ¡Ya tenemos ahí la respuesta!

La joven asintió, esperanzada. La máquina estaba actuando bajo la programación efectuada. Sybil era, efectivamente, el nombre-clave.

Una tarjeta perforada escapó por una rendija. Ella, rápida, la tomó, incrustándola en otra rendija, bajo la pantalla de lectura. Un zumbido sonó dentro de la máquina, y empezaron a aparecer las letras verdes en pantalla.

Ambos las leyeron, entre asombrados y sobrecogidos:

> «Cuando lean esto, habré puesto fin a mi vida. Si tienen suerte y buen criterio y llegan a leer esto, sepan que éste es el único modo de salvarme del horror.
>
> »Me he causado un ataque cerebral con una descarga provocada electrónicamente. Ello bloquea mis circuitos cerebrales e impide la entrada de la energía extraña en mí. Yo no seré un cadáver viviente.
>
> »He descubierto el origen de esa energía viva e inteligente que actúa sobre los cadáveres humanos y los hace siervos suyos y vehículo de su propia energía destructora.
>
> »Está aquí, cerca de nosotros. Nadie supo detectarla cuando llegó a la Tierra, y sobrevivió a todos los procesos de esterilización efectuados.
>
> »Se halla oculta. Procede de muy lejos. No es de este mundo. Yo la he denominado "La energía mental de Plutón" o "Síndrome de Plutón". Es un mal activo, una fuerza diabólica y fría, que puede esclavizarnos a todos.
>
> »Lo peor es que "piensa" y es inteligente. Una forma de vida orgánica desconocida y terrible.
>
> »Y está dentro de esa maldita nave, la Galaxia 22, que regresó de Plutón el año pasado. Allí se ha desarrollado y fortalecido, para desgracia nuestra.
>
> »Siguen otros datos complementarios en la clave "Plutón". Adiós, amiga mía.»

—¡La nave espacial! —exclamó ella, mortalmente pálida—. *Galaxia 22*, ese proyecto espacial del exterior, Ian!

—Lo sé —asintió gravemente Campbell—. Debimos imaginarlo desde el principio. El enemigo estaba cerca. Muy cerca...

—Y procede de otro planeta...

—Plutón. Es el planeta adonde fue esa expedición del Proyecto *Conquest*. No sólo se trajeron fotografías, películas, piedras y muestras orgánicas..., sino una forma de vida desconocida y atroz, un poder mental destructor, que escapó a todos los sistemas de esterilización usados por la NASA... Resulta alucinante, Sybil.

—Pero es real. Y lo tenemos ahí mismo, a nuestro lado, acechándonos acaso...

—Como acechaba a Talbot y a tantos otros —corroboró Ian

Campbell, sombrío—. Veamos lo que añade en la clave «Pintón». Es preciso saberlo todo sobre esa «cosa» maldita, antes de intentar enfrentarnos a ella…

De nuevo zumbaron las computadoras. Una nueva tarjeta perforada les permitió leer el segundo mensaje de Talbot, grabado en lo que fuera su obra científica en vida: la electrónica.

Eran datos científicos y técnicos sobre la «criatura» o «cosa» de Plutón, alojada secretamente en la nave espacial. Desde allí, su terrorífico poder mental se extendía, como millares de tentáculos, dominándolo todo paulatinamente, alterando los proyectos científicos, utilizando los cadáveres humanos en su propio beneficio, con la idea delirante de desarrollarse y crecer, de dominar el mundo nuevo al que había sido traído, acaso por error o por casualidad.

El llamado «Síndrome de Plutón» o «Energía Mental de Plutón», estaba allí, dentro de la nave. Talbot había detectado su presencia y su poder, aunque no su naturaleza exacta. Físicamente, el tal poder seguía siendo un misterio para todos. Los datos obtenidos por Talbot, pasados a la computadora, obtenían de ésta una respuesta negativa y oscura, que nada aclaraba.

> «Poder mental, muy elevado. Fuerza magnética, enorme. Inteligencia propia. Fuerte vitalidad. Naturaleza física de la «cosa», desconocida. Datos insuficientes para definirlo.»

—Datos insuficientes… —releyó Sybil, angustiada—. ¿Se da cuenta, Ian? Puede tener cualquier forma… o ninguna. Puede ser material o inmaterial. No lo detectan los computadores ni los detectores magnéticos. No puede ser destruido por medios convencionales, como la esterilización. Y puede sobrevivir e incluso desarrollarse en la Tierra, pese a ser un mundo diferente al suyo propio de Plutón… ¿No es para volverse loco?

—Imagino que sí — asintió Campbell gravemente, repasando los datos obtenidos por Elmer Talbot a través de sus ingenios electrónicos y sus analizadores cibernéticos—. Ahora, ya sabemos la clase de enemigo que tenemos. Y sabemos *dónde* está. Sólo hay una cosa por hacer.

—¿Cuál?

—Destruirlo.

—Destruirlo… Suena fácil, Ian, pero usted sabe lo difícil, por no decir imposible, que eso puede llegar a ser…

—Sin embargo, no hay otro camino. Destruido el poder mental de Plutón, los cadáveres que deambulen por ahí habrán perdido toda su fuerza y peligrosidad. Es la mente de esa forma de vida lo que hay que aniquilar de una vez por todas.

—Ahora sabemos el poder que tiene realmente. No se dejará destruir.

—Existen medios, para hacerlo.

—De acuerdo. Pero para ello haría falta extraer de ahí la cápsula espacial, llevarla a un lugar donde un arma poderosa, nuclear acaso, destruyese la nave y lo que contiene. Pero ¿dejará ese ser que se haga todo eso con él? ¿Permitirá que nadie se aproxime a la nave? ¿Nos dejará incluso a nosotros salir con vida de aquí? Si Talbot fue localizado por ese ser y él se mató para no caer en su poder, significa que ahora somos nosotros los que hemos podido ser localizados por esa «cosa» llegada del espacio exterior. Y que no saldremos vivos de aquí, para dar a nadie la clave de lo que sucede.

Siguió un profundo silencio. Las palabras de la joven parecían ser asimiladas lentamente por Ian Campbell.

—Sí —dijo—. Creo que está en lo cierto, Sybil. *El*..., esa «cosa»..., *sabe* ahora que estamos aquí, como sabe que Talbot se burló en su muerte. Y como sabe que ha sido detectado en su emplazamiento real, no nos dejará informar de eso a nadie, estoy seguro. Pero voy a comprobarlo.

Caminó hasta un teléfono. Lo descolgó, marcando el número de la policía de Ginebra. Antes de sonar la llamada al otro extremo del hilo, una serie de zumbidos, de fuertes interferencias, surgió por el auricular, aturdiendo a Ian.

Y, de repente, por ese mismo auricular, de modo fantasmal, llegaron hasta él una serie de horribles vibraciones de tono metálico, que fueron configurando sonidos coherentes, como palabras dificultosamente articuladas:

—Ian Campbell... No tiene escapatoria... Ni usted..., ni la chica...

—¿Qué? —jadeó él, apretando furiosamente el teléfono entre sus dedos—. ¿Quién es, quién está hablando ahí?

—Sabe muy bien *qué* soy... Sabe que no le dejaré hablar con nadie... No puedo ser destruido... Tengo que seguir mi tarea hasta el fin... Su vida y la de ella... no cuenta para mi. Serán simples cadáveres también. No hablarán. No revelarán lo que saben ahora... Estoy cerca. Y aquí, mi poder... es inmenso.

—¿Qué clase de maldita «cosa» eres? —preguntó ásperamente Ian-—. No voy a dejarme asustar por un simple objeto, por una materia llegada de otro mundo... No podrías hacer nada aquí..., en la Tierra... ¡Nada!

—Ya lo estoy haciendo... —prosiguió la horrible voz metálica, hecha de vibraciones secas, espasmódicas—. Soy... el más fuerte... Vuestros instantes están contados. Mi poder... os destruirá... en seguida...

Colgó Ian rabiosamente. Aquel sonido espeluznante seguía

resonando, sin embargo, en sus oídos. Como un animal acorralado, miró a la joven. Aferró sus manos y le habló con más familiaridad que nunca, quizá porque ahora eran algo más que amigos y compañeros. Porque sus destinos estaban inexorablemente unidos frente al enemigo común, el poder mental llegado de un remoto planeta del Sistema Solar, el más alejado del astro rey.

—Escucha, Sybil —susurró—. Era... esa «cosa» maldita. Tiene un sonido raro, ni siquiera es voz. Como modulaciones metálicas que se articulan en palabras dificultosas. Sea lo que sea, posee inteligencia, y un poder temible del que se siente absolutamente seguro. En esta zona, tan próxima a su presencia, su poder aún debe ser más desarrollado. Talbot sólo tuvo una evasión a su ataque: la muerte. Pero yo no quiero morir. Ni deseo verte morir a ti, ¿entiendes?

—Sí, Ian —había lágrimas en los ojos de ella—. Pero ¿qué otra cosa podríamos hacer ya? Esto no tiene remedio. Si no puedes comunicar con nadie..., ¿cómo podremos salir de aquí, ir en busca de ayuda?

El no supo qué responder. Miraba en torno suyo, como acorralado, como presintiendo que aquella horrible criatura de desconocida naturaleza, alojada dentro de la nave, estaba más y más próxima, que una muerte terrorífica se acercaba a ellos por momentos. Y que jamás saldrían de su encierro, en aquella hermosa jaula encristalada que era ahora el Palacio de las Naciones de Ginebra.

Como confirmándoles sus temores, al otro lado de la puerta se percibió un rumor, el roce de unas lentas pisadas..., y cuando la puerta se abrió despacio, asomó en la sala de computadoras la figura llagada y cubierta de ampollas de un hombre con uniforme de vigilante del palacio internacional.

Era un cadáver. Y venía a por ellos.

Tras él, la presencia del poder mental de Plutón, era casi tangible.

El monstruo avanzó hacia ellos por entre las computadoras. Sybil gritó roncamente, y Campbell se puso ante ella, cubriéndola protectoramente, la mirada fija en la criatura horripilante que se movía en su dirección, y cuyo solo contacto les convertiría en cadáveres abrasados, condenados a una segunda y espantosa vida, bajo la mente monstruosa de Plutón.

7

—Dios mío, Ian. Esto es el fin... —-sollozó Sybil, aferrándose prácticamente a él.

—Calma —la confortó con voz ronca el periodista—. Todavía estamos vivos.

—Pero sólo por unos instantes. No tenemos siquiera un arma para

combatir a ese monstruo y abatirlo...

Los ojos de Ian iban de la figura pesada y lenta que caminaba hacia ellos, hasta las piezas de la gran máquina electrónica del profesor Talbot. Y, de repente, tuvo una idea desesperada, la única que se le podía ocurrir ya, en tales momentos.

Retrocedió, siempre cubriendo a Sybil, hasta alcanzar una especie de barandilla que separaba la computadora de una serie de pantallas lectoras situadas en un muro.

Sus manos se aferraron a esta barandilla metálica. Forcejeó con ella, notando que era liviana y cedía. Aún puso mayor empeño en ello, hinchó sus fuertes músculos de hombre joven y deportista, y su rostro se congestionó. Con un chasquido de metal roto, la barra de metal se quedó en sus manos.

Era lo que había estado buscando. Sin vacilar, cargó con ella contra los delicados instrumentos electrónicos, comenzando a descargar golpes violentos en las pantallas, paneles y tableros, despiadadamente.

Era doloroso destruir semejante obra de la cibernética, pero no existía otro remedio posible, y estaba jugándose su última carta a la desesperada, con el cadáver viviente a menos de diez pasos de ellos.

Comenzaron a saltar chispas de los paneles destrozados, y estallaron las pantallas fluorescentes, mientras brotaban llamas de algunas de las delicadas estructuras de la máquina.

El cadáver en movimiento, como ajeno a todo eso, seguía adelante, y un nuevo mazazo de Ian sobre otros delicados componentes de la computadora, hicieron saltar infinidad de chispas y una repentina llamarada de un destrozado panel, alcanzando el fuego al ser de pesadilla. Sus ropas comenzaron a arder súbitamente, pero él siguió hacia adelante.

Sybil asistía fascinada al último esfuerzo de Ian Campbell por combatir al enemigo implacable, y observó cómo el fuego prendía ya con fuerza en el uniforme del fallecido vigilante del recinto, envolviéndole en llamas que no parecían afectarle en absoluto.

Ian arrojó violentamente la barra contra su cabeza, ya como último recurso a su alcance, y esperó, arrinconado con Sybil, el resultado de aquel afán desesperado.

Golpeado en pleno cráneo, el cadáver vaciló, yéndose atrás, y una miríada de chisporroteos violentos envolvió su rostro, abrasando sus ojos, su piel, sus cabellos y convirtiendo su figura en una auténtica tea llameante.

A menos de tres pasos de distancia de ellos, el ser inconsciente se desplomó al fin. Tenía los ojos ennegrecidos e informes, y su rostro era una máscara horrible y negruzca.

—Cayó... —Ian exhaló un suspiro de alivio—, Cayó, Sybil... He

podido vencer a uno de sus malditos cadáveres vivientes…

—Pero eso no significa vencerle a él, Ian —recordó ella amargamente, con sus horrorizados ojos fijos en el cuerpo calcinado.

—No, claro que no —resopló el inglés cansadamente—. No he pensado eso ni un solo momento… Ahora salgamos de aquí. Esto, en un momento, va a ser una auténtica pira.

Era cierto. El incendio prendía en los mecanismos y los circuitos electrónicos saltaban entre violentos chispazos. En alguna parte del palacio, comenzó a sonar un agudo y sonoro sistema de alarma., accionado mecánicamente al producirse el incendio.

Esperanzado, Ian miró a Sybil, mientras ambos corrían hacia los corredores en sombras que discurrían entre altísimas vidrieras…

—Ahora vendrán los bomberos, la policía… —murmuró con voz ronca—. Dios quiera que sigamos vivos para entonces y podamos hablar…

El fuego salía por la puerta abierta, prendiendo en las moquetas y plásticos del modernísimo edificio. Su resplandor debía de ser visible ya en el exterior, a través de las grandes vidrieras del Palacio de las Naciones.

Corrieron ambos jóvenes desesperadamente, sin saber qué rumbo tomar ni qué hacer, porque temían que, de un momento a otro, el poder mental de Plutón, enterado del fracaso de su empeño, actuaría de otro modo para aniquilarles.

—Mi cabeza… —musitó ella—. Me duele mucho…

Ian se detuvo, angustiado. Miró a la joven. El mismo había empezado a notar ese mismo dolor de cabeza, repentino y agudo, que ella mencionaba.

—Dios mío… —dijo.

La horrible sospecha se abrió paso en su mente, por encima, incluso, del fuerte dolor que sufría.

El poder mental de Plutón…

¡Era su forma de atacar! ¡Les estaba atacando directamente al cerebro!

Y aquel simple dolor, terminaría por ser insoportable, por provocarles una conmoción mortal a ambos…

Trató de dominar el intenso dolor, que iba en aumento. Sybil se retorció, aferrándose las sienes con ambas manos, trémulamente. Estaba tornándose pálida.

—Maldita «cosa» asesina… —jadeó Ian Campbell—. Ahora lo veo claro. Mentalmente puede destruir, matar… Sobre todo, cuando está cerca de uno, evidentemente.

No podía soportar los gemidos de dolor que emitía la infortunada Sybil, a medida que también él notaba una sensación lacerante y enloquecedora en su propio cerebro. Decidido, se inclinó hacia Sybil.

—Lo siento, querida —dijo—. Será mejor así.

Le descargó un seco impacto al mentón, que derribó en el acto a la muchacha, perdida la consciencia. Sujetó su cuerpo entre los brazos y cargó con él como si fuese una pluma.

—Ahora ya no sufres —dijo—. Si has de morir, que sea sin dolor, sin enloquecer con ese maldito dolor que aniquila el cerebro...

Yaunque él mismo se sentía al borde de la demencia, tal era la insoportable sensación dolorosa en su cabeza, echó a correr con ella en brazos, en dirección opuesta a aquel puntó donde se erguía la nave *Galaxia 22*, a las puertas del Palacio de las Naciones.

Con ello no logró mucho. El dolor persistía y crecía por momentos. Calculó que en cuestión de veinte o treinta segundos, su nivel sería tan elevado, que le haría enloquecer o conseguiría que estallase su cerebro.

Yeso, evidentemente, es lo que buscaba la «cosa» de Plutón.

* * *

Alrededor del Palacio de las Naciones empezaban a verse coches-patrulla de la policía y vehículos de bomberos, dispuestos a apagar el fuego iniciado en el interior del recinto internacional.

Pero nadie prestaba la menor atención al aparentemente inocente artilugio cósmico situado a su entrada, la nave traída desde Estados Unidos, como recuerdo de la última gesta espacial norteamericana, en mala hora para los personajes del drama que estaba desarrollándose en Ginebra aquella noche de pesadilla.

Dentro de esa estructura puntiaguda de metal plateado, con el emblema de Estados Unidos, el de la NASA y el nombre de *Galaxia 22*, «algo» acechaba a los humanos y planeaba su destrucción sistemática.

Pero eso, nadie podía saberlo, ni tan siquiera entre los que corrían presurosos a extinguir el fuego del edificio, cuyas proporciones ya eran visibles claramente desde el exterior, al extenderse las llamas fuera del recinto de las máquinas electrónicas.

Nadie, tampoco, podía ver a un hombre que, enloquecido, cargado con el cuerpo inerte de una mujer inconsciente, corría a la desesperada por el interior del edificio, luchando por huir de lo que le atenazaba y le iba arrastrando inexorablemente hacia la muerte, hacia el desastre final.

Ian Campbell procuraba no pensar, no concentrar su menté en aquel dolor insoportable, pero aún así, éste era tan terriblemente agudo que no podría soportarlo ya más de unos pocos segundos. Notaba palpitar sus hinchadas sienes, el corazón batía agitadamente en su pecho, se sentía congestionado y febril, y aquello iba en

aumento, rozando ya lo físicamente intolerable. El estallido final era cuestión de momentos…

En sus brazos, Sybil Drake era un pobre cuerpo insensible, y eso era lo que podía hacer menos dolorosa aquella agonía que también a ella la conduciría al fin, puesto que su cerebro estallaría con la fuerza mental de la «cosa» llegada de Plutón.

Y, de repente, se produjo el milagro.

O algo que se le parecía mucho.

* * *

Los bomberos habían comenzado a elevar una escalera ascendente pegada al muro de grandes vidrieras y metal del moderno edificio, para allí romper los cristales y entrar por el hueco, en su afán de cortar el violento incendio declarado en la planta de electrónica y cibernética de la Convención Internacional de la Ciencia.

Al hacerlo así, un torrente de chispas escapó, con algunas llamas, fuera del recinto, al agitarse por medio del frío aire de la madrugada.

El fuego se precipitó sobre la estructura metálica del *Galaxia 22*, y los soportes de madera y metal que lo sostenían. Parte de éstos, los de fácil combustión, comenzaron a arder súbitamente. Las llamas lamieron el fuselaje color plata de la orgullosa nave espacial.

Arriba, en el palacio internacional, cuando estaba a punto de enloquecer, Ian Campbell se detuvo en seco, sorprendido. Su dolor de cabeza cedía levemente. Luego, su reducción fue aún mayor. Pudo tomar aliento, respirar con cierto alivio y sentirse mejorado.

—No lo entiendo… —jadeó—. ¿Qué pretende ahora?

Con Sybil en sus brazos, se aproximó a una de las grandes paredes encristaladas. En ellas se reflejaba la escena que tenía lugar al otro lado del edificio, donde se hallaba la nave espacial norteamericana.

Ian descubrió el fuego lamiendo la superficie aluminizada del proyectil cósmico.

Y creyó entender.

—Calor… Fuego… —musitó—. Eso es…

Empezó a entender más cosas. Por qué el fuego podía abrasar y destruir a uno de los cadáveres. No era calor lo que quemaba a quienes tocaban los cadáveres. El mismo podía recordar lo fría que era la piel del presidente Vaughn cuando sintió las quemaduras al tocarle.

Era *frío*. Un frío tan terrible como el que debía reinar en Plutón, a muchos cientos de grados bajo cero… Quizá a miles.

Ese frío *quemaba*, levantaba ampollas y llagas… y mataba a sus víctimas.

Pero el fuego era el enemigo del ser del espacio. El fuego, era calor. Y el calor no existía en Plutón. La estructura metálica estaba recalentándose ahora, con el incendio. Y la «cosa», dañada en su temperatura habitual por ese calor que no podía soportar, por ser ajeno a su medio de vida… cedía, se plegaba sobre sí misma quizá, dañada su única parte sensible.

Ian exhaló un grito de triunfo. Ahora podía luchar.

E iba a hacerlo.

Depositó suavemente a Sybil en el suelo. Allí no llegaría el fuego, estaban lejos de él. Corrió temerariamente hacia las llamas. Las alcanzó, y tiró de un saliente de plástico que ardía violentamente.

Con él en su mano, enarbolado como una nueva antorcha de la libertad, Ian Campbell corrió hacia el exterior. Cualquiera, al verle, le hubiera creído un poseso. Su cabeza aún parecía estallar de vivo dolor, pero ahora podía soportarlos, cuando menos.

Y, además, ahora podía luchar.

Apareció en la parte delantera del edificio, ante el asombro de policías y bomberos, que creyeron hallarse ante un loco pirómano. El gritó, agitando la antorcha de plástico, a punto de arrojarse temerariamente desde la altura sobre la nave erguida verticalmente.

—¡Suelte eso! —gritó un policía—. ¡Suelte eso o disparamos!

—¿Es que no lo entienden? —gritó—. ¡Hay que destruir esa nave espacial! ¡Avisen al comisario Leduc! ¡Hay que destruirla por el fuego, encenderla toda hasta hacerla pavesas!

—¿Se ha vuelto loco? ¡Atrás, tire la antorcha, es la última vez que le avisamos!

Los policías creyéndole culpable del incendio, empezaban a apuntarle con sus armas, Ian no dudó. Pese a ello, tenía que intentarlo. No había otro remedio. En cuanto apagasen el fuego de la nave espacial, todo volvería a ser como antes. El cohete debía de ser destruido con lo que llevaba dentro. Y por medio del fuego.

Fuego purificador, como si la «cosa» fuese el propio Mal, el espíritu mismo de Satán.

Pero los policías, ajenos a cuanto él sabía, iban a disparar ya sobre él…

8

—¡Quietos! ¡Quietos todos! ¡Que no dispare nadie sobre ese hombre!

Era el segundo milagro en pocos minutos. Ian Campbell miró abajo, esperanzado, con una nueva luz en sus ojos. Había reconocido aquella voz enérgica, aquel grito rotundo, a sus pies.

—¡Comisario Leduc! —gritó roncamente—. ¡Usted, Dios sea

loado!

El comisario le contemplaba desde abajo, alumbrado por el incendio del palacio y del armazón de soporte de la nave espacial. Su pipa colgaba, inevitable, de sus labios.

—Campbell, ¿qué le ocurre? ¿Qué significa todo esto? —preguntó.

Ian notaba los fuertes dolores tratando de incrementarse, quizá en la patética lucha final del monstruoso ser de otro planeta por destruirle antes de que revelara la verdad.

Pero pese a ello, el joven inglés logró modular unas pocas palabras reveladoras para el policía.

—¡Comisario, esa nave espacial americana! ¡Debe ser destruida... pero sólo con el fuego! ¡Dentro..., dentro está... el poder mental que mueve a los cadáveres! ¡Es una materia viva e inteligente, llegada de otros mundos! ¡Procede de Plutón y sólo el fuego puede destruirla y abrasarla! ¡Es una especie de criatura helada!

Y arrojó la antorcha al cohete, aunque era un recurso débil y pobre para eso. Luego, cayó de rodillas, aferrándose las sienes que parecían a punto de estallar.

El comisario Leduc entendió. Sus ojos brillaron, astutos, clavándose en la forma metálica y puntiaguda que volviera de Plutón.

—Dios mío... —susurró. Luego se volvió a sus hombres. Dio una orden escueta—: ¡Incendien esa nave, en seguida! ¡Háganlo, sin preguntar más! ¡Prendan fuego al vehículo espacial americano bajo mi entera responsabilidad!

Los policías se miraron entre sí, asombrados. Pero obedecieron, pese a que sus cabezas, repentinamente, les dolían intensamente, lo mismo que al comisario. El metal del *Galaxia 22*, estaba candente por la proximidad del fuego.

Momentos más tarde, varias antorchas caían sobre la nave. No contento con eso, el comisario hizo venir a un hombre provisto de lanzallamas del Ejército. Se proyectó un chorro abundante de fuego sobre el metal, que empezó a abollarse y derretirse.

Los dolores de cabeza cesaron casi por completo. Y cuando la nave era sólo un montón de pavesas humeantes, Ian Campbell apareció en la puerta del edificio internacional, llevando en sus brazos a Sybil Drake, medio inconsciente. El gesto de él era de fatiga y dolor. Pero a pesar de ello, sonreía.

—Gracias, comisario —jadeó—. Ahora, todo se acabó.

—Sí, eso creo, si usted estaba en lo cierto... —contempló los rescoldos de la nave—. Pero ¿cómo sería...*eso*? ¿Qué era, en realidad?

Ian sacudió negativamente la cabeza, entregando a Sybil a unos enfermeros.— Eso, jamás lo sabremos, comisario. Fuese lo que fuese, se debió derretir ahí dentro, vencido por su gran enemigo, el calor, el

fuego... Fuese lo que fuese, no podía sobrevivir al fuego. Tenga en cuenta que venía de un mundo donde quizá la temperatura en su superficie, normalmente, sea de mil grados bajo cero...

—Y pensar que estaba ahí mismo... Tan fácil... y tan increíble a la vez.

—Así es, comisario —asintió Ian, viendo cómo se llevaban a Sybil los enfermeros. Hizo un gesto—. Yo iré con ustedes. No me separaré de ella ni un momento...

El comisario sonrió, asintiendo.

—Ella se lo merece —dijo—. Y usted también. Han sido dos auténticos héroes. Supongo que Talbot estará...

—Muerto. Pero él huyó del destino peor. Ahora, seguramente hallarán muchos cadáveres por ahí. Supongo que ninguno de ellos podrá andar y moverse como hasta ahora.

Y subió a la ambulancia, para acompañar a Sybil al hospital, mientras el comisario Leduc volvía a su coche patrulla, tras una última mirada al cohete espacial y a la desconocida criatura que allí dentro halló la muerte y la destrucción.

Por el radioteléfono estaban ya avisando del hallazgo de cadáveres abrasados en muchos puntos de la ciudad.

Eran cadáveres normales, cuerpos sin vida, tendidos en el asfalto. El siniestro poder mental de Plutón que les diera vida, ya no existía.

La Tierra se había salvado de un horror sin límites.

F I N